

Usted se encuentra aquí

Crónicas

Eduardo Huchín Sosa

Este libro se escribió gracias a una beca del Programa de Estímulos a la Creación y el Desarrollo Artístico 2006-2007

Usted se encuentra aquí. Crónicas

Primera edición: 2012

© Eduardo Huchín Sosa
© JP Delgado Berman, foto de portada
© Joyce Soto, foto del autor
© Secretaría de Cultura de Campeche
Calle 12 No. 173
Col. Centro Histórico
24000 San Francisco de Campeche, Campeche

Cuidado editorial:

Enzia Verduchi

Diseño de la colección:

Jaime Soler

Diseño de portada y formación:

Horacio Ortiz

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización expresa y por escrito de los editores.

ISBN: XXXX

Impreso y hecho en México/ *Printed and made in Mexico*

Usted se encuentra aquí

Crónicas

Eduardo Huchín Sosa





ÍNDICE

BIENVENIDA	
Una temporada en el infierno	11
RELACIÓN DE HECHOS	
Campeche insólito o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba	17
Trabajadores del mundo, uníos	21
Los protocolos del caos	25
Una lección de democracia	29
El país de las injurias	33
ASUNTOS INTERNOS	
Lecciones de periodismo para días inhábiles	39
El Grito	43
Sin lugar para los peatones	47
Ría mística	51
USTED SE ENCUENTRA AQUÍ	
Fotografías de JP Berman	55
http://jpdeberman.com/	
DIVERSIÓN GARANTIZADA	
La fila sigue igual	65
El fútbol nos une	69
No hay permanencia voluntaria	73
Chicas bailarinas	77
Mi vida por una moto	83



SOUNDTRACK

Todos (los karaokes) dicen que te amo.	87
Toloc: Por el lado oscuro del camino	89
Nadie sale divo de aquí	95
Las tres edades del rock	103

SALIDA DE EMERGENCIA

Hasta luego y gracias por el cubrebocas	109
---	-----



Bienvenida



Una temporada en el infierno

CADA AÑO, los organismos de salud emiten recomendaciones sanitarias que en el fondo están diciéndonos: la primavera es más peligrosa de lo que usted cree. Hoy en la mañana el jamón tenía esa coloración de la lengua de un enfermo. No desayunaste.

El calor es una especie de insomnio a todas horas: no te sientes ubicado en ningún lado. Al mediodía vas al baño y una fila de hormigas traspasa el blanco muro como una cuarteadura inesperada. En el interior de esas paredes ha de vivirse un infierno parecido. Y ni hablar de las auténticas cuarteaduras, que siempre albergan insectos capaces de poner en jaque a un entomólogo. En la última semana has visto las cucarachas más raras, más blancas y que hacen ruidos que esperarías de cualquier animal menos de una cucaracha. Oyes crepitar los periódicos con tus colaboraciones. Eso te quita el hambre.

Lo más temible de la primavera es que tu barrio parece fotografía de Spencer Tunick. A veces no quisieras que tus vecinos —los más veteranos— tuvieran ventanales tan grandes, tan transparentes. A veces no quisieras haber leído *El retrato de Dorian Gray* para no pensar que son ellos quienes envejecen por quién sabe cuántas personas. Pero ahí están —algo impúdicos, algo perdidos—, rascándose la espalda o quitándose la playera mientras tú, con todo el dolor de tu corazón, cierras la cortina como una forma de conservar el decoro o, mejor dicho, la cordura.

Te bañas como en los pueblos, con una cubeta, porque la regadera podría perforarte la piel con sus disparos de agua hirviente. Se agota la ropa para estas temperaturas. Ninguna tela es apropiada para un ambiente que amenaza con cocerte. El uniforme de tu trabajo fue confeccionado para una empresa de Ontario, pero no para una de Campeche, donde la temperatura ya ha alcanzado los 40 grados. Y resulta que ahí es precisamente en donde estás y no en Ontario, y asumes que no queda de otra más que llegar a la oficina con los brazos pegajosos como los de un maratonista.

Nunca habías entendido el término “calentamiento global” hasta que tomas la ruta de camión que conduce al trabajo. Sólo en un minibús donde el sol llega a todos los asientos adquieres auténtica conciencia ambiental. Hasta esta primavera pensabas que esas ondas de calor que deforman el paisaje sólo se veían en las películas fronterizas. Pero no, el sudor te recorre la frente, llega al rabillo del ojo y no te deja ver. Los 40 grados son una temperatura que elimina cualquier distractor. El chofer cambia de estación radial y lo primero que oyes es un parte meteorológico: las lluvias aparecerán finalmente pero sólo será para incrementar el calor. Puedes imaginar al locutor hablando del clima como algo que les sucede a los escuchas; en su cabina con aire acondicionado, el infierno son los otros. La única alternativa que queda para salir de esta espiral de la muerte es la música, pero todas las canciones te remiten a bateristas jadeantes, a guitarristas que corren de un lado a otro del escenario, impregnando de humedad a las primeras filas. Apagas el iPod, a fin de apoyarte en la ventana y formular una buena frase para tu próxima columna de opinión, pero todo es inútil. Las cuatro de la tarde es mala hora para tener temas importantes: cada que el camión se detiene a esperar pasaje sólo es posible pensar en el termómetro.

Tomas otro trago de agua. Desde que el aire se volvió calcinante no puedes vivir sin botellas de plástico, sin pañuelos desechables. El viaje al trabajo se ha convertido en una expedición que requiere cada vez más artículos de supervivencia: pastillas para el dolor de cabeza, una playera extra en la mochila, un bote de bloqueador solar. Mañana tomarás una gorra, el jueves tu cartilla de seguridad social.

Al camión siempre sube gente dispuesta a iniciar conversaciones innecesarias:

—Mucho calor, ¿no le parece?

Las personas son tan obvias que si compartieran una tortura lenta y terrible, no faltaría quien dijera: “Mucho dolor, ¿verdad?”.

—Si no tiene que ir a Escárcega no vaya, ahí están peor.

Asientos con la cabeza. El clima es un tema con que uno difícilmente discreparía, por eso es el primero que surge entre dos desconocidos.

¿Alguien necesita experiencias cercanas a la muerte? Que transpire. Algo se seca dentro de ti. Como las frutas que olvidas en la mesa de la cocina, temes algún día amanecer con demasiadas moscas alrededor. Ves por la ventanilla a los pobres hombres obligados a caminar algunas calles abajo, a los miserables a quienes no se les ocurrió otra manera de inyectarle vida al cuerpo que no fuera tomarse unas cervezas de más y que ahora alcanzan tambaleantes el poste de la esquina, como si se tratara del último lugar para protegerse del mundo. Exhalas mientras recuerdas que el próximo fin del mundo será de los zombies o no será.

Bajas del camión para padecer los cien metros que van de la parada de autobús al reloj checador de tu oficina. Los recorridos a pie son los peores. La gente te mira desde sus automóviles, como si la portezuela fuera el límite que separa el Cielo del Averno. Ellos sonríen, cantan mientras conducen, a veces hasta te reconocen de reojo pero no te saludan. Los peatones se han vuelto una especie desacreditada, a fuerza de parecer atletas que se dirigen últimos a la meta por una inercia que disfrazan de dignidad.

Llegas al trabajo. Abres la puerta de vidrio y te recibe un golpe de 18 grados Celsius. Tiembles como un niño recién rescatado: de pura y honesta felicidad.



Relación de hechos



Campeche insólito o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba

A LAS 11:30 del 8 de noviembre de 2006, el ulular de sirenas hacía creer a los transeúntes en una marcha. Dos mil desalojados después y 150 efectivos de seguridad más tarde, mucha gente aún pensaba que se trataba de un simulacro. Luego llegó el Ejército y algunos curiosos preguntaron todavía que dónde era el desfile. Ése es el problema de la pasividad: las pocas cosas que suceden en Campeche no dejan de parecer irreales.

Diez minutos antes, el C-4 había recibido una llamada de alerta: una supuesta bomba había sido colocada en el interior del Palacio Municipal lista para estallar. Recientes explosiones sucedidas en la Ciudad de México daban cartas de verosimilitud a la amenaza y un inusitado operativo de desalojo se puso en marcha en el Ayuntamiento y sus alrededores. La calle colindante fue cerrada por elementos del cuerpo de bomberos, mientras noventa niños eran evacuados del edificio contiguo, en su primera salida al parque en todo el año escolar.

Ambulancias de la Cruz Roja y unidades de rescate recorrían las calles aledañas. A los pocos minutos un comando especializado en bombas entró al inmueble en medio de ese tipo de hermetismo que en Campeche sólo significa: “Nos acaban de avisar”, “No sabemos nada” o “Así estaba cuando llegamos”.

Mucha gente aún custodiaba el Ayuntamiento, a la expectativa de que sucediera algo que diera sentido a la movilización. Tantos policías, tantos carros de bomberos, tantas ambulancias y tantas muestras de histeria sólo habían acontecido en la ciudad en forma de sábado de carnaval o concierto de Chayanne, así

que no dejaba de ser atrayente el operativo que buscara un artefacto explosivo en el interior de un edificio público.

Mientras pasaban los minutos, se iba formando la fotografía exacta del Campeche noticioso: su espectáculo es la inminencia. Durante hora y media, reporteros y camarógrafos buscaban retratar el ambiente de lo que no pudo acontecer, la cara de una ciudad donde toda noticia sabe a conjetura.

¿Qué hacía una veintena de hombres uniformados ahí dentro? Entre el murmullo, los altos mandos observaban a una distancia prudente a su personal. Se sabía que el operativo estaba estructurado dentro de una lógica perfecta: sólo fueron enviados los agentes reprobados en el psicométrico. Algunos testigos, en un acto temerario, proporcionaron a los medios una conversación grabada entre dos oficiales:

—Comandante, los chicos de la unidad antibombas no se creen capaces de hallar el artefacto.

—¡No me extraña! ¡Las horas de clase sobre desactivación de explosivos fueron cambiadas por Introducción a Derechos Humanos! ¿Qué me dicen ahora, señores diputados?, ¿es lo que querían?, ¿que se pusieran a desalojar con cortesía a los adultos mayores?

—¿Qué hacemos, señor? Ya pasamos demasiado tiempo revisando los mismos estantes y no tenemos ni el mínimo indicio.

—Creo que es hora de hablar a un profesional. ¡Quiero línea directa con Willys “el Duro de Matar” Mendoza!

Fin de la grabación.

Para la una de la tarde la histeria ya era historia. La ausencia del explosivo estaba más que comprobada y las fuerzas policiales tenían algo mejor que buscar: quién había iniciado la broma. En un principio, las pesquisas arrojaban tres perfiles de sospechosos: el anarquista de arrabal, el anarquista de ampliación y el anarquista de invasión. Después de rastrear la llamada, el gracioso fue localizado en la Ampliación Esperanza mientras recitaba: “Remember, remember the 8th of November”, con música de Kpaz. A las ocho de la noche la policía presentó al nervioso autor de la psicosis: un veinteañero de nombre Luis Felipe Ehuán.

Pese a todo, nadie puede acusar a este lavacoches de falsa alarma. La alarma que suscitó fue auténtica, como el entusiasmo

de los medios y la indignación posterior. El Centro Histórico se movilizó como nadie lo hubiera imaginado, los reporteros se sintieron corresponsales de guerra, el alcalde pidió no especular y los titulares al día siguiente parecían una calca recíproca. Un telefonazo había provocado todo eso. Había metido a la ciudad en el dulce escaparate de la sorpresa.



Trabajadores del mundo, uníos

¿RECUERDAS al administrativo que retrasó tus trámites de titulación, al taxista que cobró excesivamente un servicio, al tecladista que arruinó tus quince años, al volquetero que no entendió bien las instrucciones y tiró el escombro en el terreno de al lado? Es decir, ¿puedes ubicarlos en tu memoria junto al empleado de salud que recetó mal una medicina, al maestro de preparatoria que te miraba las piernas, a esa señora del Ayuntamiento, inmóvil como un animal relleno de aserrín? Si alguna vez los mandaste a todos ellos al infierno, el desfile del Día del Trabajo podría pasar como una especie de séptimo círculo, un concilio a temperatura ambiente lleno de condenados. Ahí estaban todos ellos, en el calor abrasador, achinando los ojos, alzando la voz y con decenas de peticiones laborales escritas en pancartas. Sólo hasta entonces comprendiste que pese a todo tenían necesidades, alma e incluso historia: padecían la ciática, estaban a punto de perder una patria potestad y sufrían la incomprensión de alguna de sus dos mujeres. Pedían mejores salarios, homologaciones, el bono suspendido inexplicablemente. Te avergüenza pensar que sólo los criticabas porque querían jubilarse a los cincuenta años. Y no, con cada rostro sudado, cada uniforme mal impreso, entiendes las raíces mismas de su lucha.

Primero de mayo de 2007 en Campeche. Los portales del Centro Histórico son el escenario donde se desarrolla auténticamente el desfile. Todas las demás calles apenas pretextan ese momento en que la líder saluda de beso al gabinete estatal, porque esa sonrisa del secretario de Pesca podría significar diesel barato todo el año. El desfile comienza en el parque de San Martín —donde los contingentes confluyen como batallones que han firmado la paz— y recorre la calle 12 hasta su cruce con la 67; luego toma el circuito Baluartes para llegar a la calle 10 y enfilarse rumbo al parque principal.

En esa procesión, todos cumplen una especie de trabajo extra en día inhábil: los funcionarios escuchan, los asalariados protestan, los policías sostienen por radio pláticas tan ruidosas

como las de un taxista. Más abajo, sentados en las banquetas, los reporteros se ocupan en capturar en dos mil caracteres la aburrida sucesión de contingentes y sus inútiles maneras de diferenciarse unos de otros: si se es embotellador se llevan latas de refresco; si se es volquetero se conduce, vaya originalidad, un volquete.

El Día del Trabajo funciona en virtud de una serie de recados con un solo destinatario: el gobernador. En ninguna manta alguien escribirá algún mensaje para la gente común y corriente: “Estimados alumnos: doy Lectura y Redaccion por necesidad; ni siquiera se acentuar”. “Señor contribuyente: tengo familia y me he visto en la necesidad de vender Avon. Por eso nunca estoy cuando usted va”. Nada. Todos dicen: “Señor gobernador: nos sentimos olvidados, pedimos concesiones, no queremos un segundo piso en el mercado”. ¿Será que sólo el mandatario en turno puede resolver los problemas que aquejan a la clase trabajadora?, ¿será que todo depende de una firma, un acto de voluntad, un apretón de manos con el secretario general del gremio? Ni los mismos trabajadores pueden asegurarlo: su protesta es un acto de fe. La insistencia religiosa con la que marchan cada año obedece más al sonambulismo que al convencimiento. Un poco como en sus propios trabajos.

La mayor sorpresa después de la primera hora y media de desfile es la cantidad de sindicatos que existen. ¿Por qué hay un sindicato de filarmónicos y otro de trovadores?, ¿los separan las diferencias ideológicas, digamos que unos tocan de oído y otros con metrónomo, o técnicas: que unos llevan chicas bailarinas y otros apenas un tipo que les cargue los estuches? La pregunta carece de sentido en beneficio de la diversidad sindical o por aquello que antiguamente alguien llamó “la división del trabajo”. Habitados en áreas tan específicas o tan generales en el mundo laboral, los sindicatos o pecan de precisión o pecan de ambigüedad. Algunos trabajadores buscan diferenciarse de viejos gremios y llaman a sus agrupaciones con nombres tales como Sindicato Único Gremial de Prestadores de Servicios de Carga y Pasaje de Motocarros y Triciclos “20 de Agosto”. Otros, mientras tanto, generalizan a tal grado que nadie sabe con exactitud a qué demonios se dedican, como la Federación de Trabajadores, Similares y Conexos de la República Mexicana. Finalmente, entre tantas mantas de protesta, sorprende la odiosa simplificación de las siglas: STIRT, FEDESSP, FTC. Impronunciables, imprácticas, ni

siquiera reconocibles, las iniciales ejercen un pobre símbolo de unidad; son casi onomatopéyicas.

Del SUTERM al FTSE, de los molineros a las telefonistas, el sindicalismo ofrece otra virtud: el reencuentro generacional. Aquel tipo que acostumbraba a buscarte pelea al final de la clase ahora es un líder cetemista; ese otro vándalo estudiantil que echaba pegamento en los portafolios ahora defiende los derechos de cuarenta locatarios del Sáinz. ¿El mundo cambió, cambiaste tú, las cosas siguen exactamente igual? Qué importa, la mecánica del empleo hace que tus antiguos ex compañeros ahora marchen con la frente en alto y tú los observes como si nunca los hubieras visto antes.

El desfile, que duró tres horas y media, tuvo dos momentos climáticos. Primero fue la aparición del alguna vez diputado y artista del hambre Manuel Chablé Gutiérrez, quien junto a dos acompañantes, representó un gremio que bien podría definirse como el de los alegoristas. Según entiendo la tríada de la que era parte personificaba a los tres poderes fácticos de la política mexicana: la jerarquía católica, el empresariado y Televisa. Nunca se supo quién simbolizaba qué, pues el de la izquierda tenía chaqueta, el de la derecha gorra y el del centro, un collar hecho de campanitas doradas de navidad. Su cartel decía: “El alto clero, la elite empresarial y el bipolio televisivo son los causantes de la miseria de nuestro pueblo”. Sin esa cartulina, todos hubieran pensado que se trataba de tres tipos que habían perdido sus respectivos contingentes.

La segunda y no menos espectacular entrada fue la de los empleados del Ayuntamiento, una tropa tan numerosa como para explicar por qué nunca hay dinero en la Comuna. Los trabajadores municipales se hicieron acompañar por la botarga del Carnaval, un pájaro naranja que situó la marcha en su exacta magnitud: la comparsa.

Conforme avanzó el desfile, las críticas cedieron ante las exigencias. Los maestros pidieron “salarios dignos, decentes”; los molineros, la regularización de la venta ambulante de tortilla; los burócratas del INAH, un alto a la Ley del ISSSTE; las mujeres obreras, hacer algo contra el acoso sexual. Pareciera que desde su invención (con Adán, incapaz de sindicalizarse ante Dios) el trabajo ha ido sustentándose en la injusticia. De tanto repetir que

la celebración conmemora a los mártires de Chicago, nos hemos creído un poco mártires tan sólo por trabajar.

Se calcula que cerca de 23 mil trabajadores dieron a conocer sus reclamos por las calles de la ciudad a través de 120 sindicatos. Si el desfile duró tres horas con treinta minutos, se podría hacer un cálculo sobre lo que llamo la Tasa de Empleo Miserable (TEM): cuántas personas están infelizmente ocupadas en el municipio. Así, si para 23 mil trabajadores se consumieron 210 minutos, eso supondría 109 empleados por minuto o contingentes de mil 90 trabajadores cada diez minutos. Por tanto, cada minuto extra en el próximo desfile podría tomarse como 109 personas más que entraron al campo laboral. Mal pagados, sin derechos, pero finalmente empleados. Excelente índice para medir nuestro desarrollo.

Los protocolos del caos

LAS REUNIONES que la Conferencia Nacional de Gobernadores hace en algunos estados son como los virus: se entienden sólo por sus efectos. El tráfico, los policías, las manifestaciones, el parque cerrado y las revisiones de seguridad son como el dolor de cabeza de una fiebre: una molestia que nos acompaña por un par de días y concluye siempre con la sorpresa de que hemos pagado demasiado por la medicina.

El arribo de una veintena de mandatarios a Campeche, el 28 de febrero de 2008, tuvo la misma afectación del viaje de tus amigos para el posgrado: apenas los estabas despidiendo cuando ya los tenías de vuelta. Las consecuencias de ese regreso (después de una abrupta suspensión de la reunión programada para el 7 de febrero de ese mismo año) fueron una ciudad nuevamente cercada por los elementos policíacos y unas 800 vallas que delimitaron nuestro tránsito por lugares estratégicos. El viernes 29 la izquierda realizó una manifestación pacífica contra la privatización de PEMEX que terminó en una trifulca; a unas decenas de metros de distancia, los mandatarios celebraban —omitiendo tratar la reforma energética— el destino de los excedentes petroleros.

Desde sus trincheras, unos menos acalorados que otros, los gobernadores y los marchistas estaban convencidos de ejercer la forma correcta de la política. Apenas separados por un muro de escudos plásticos, los unía el convencimiento de hablar por las mayorías (unos a través de la protesta pública; otros, a través de un federalismo no exento de feudalismo). Pero los manifestantes eran 300 y los mandatarios 25. En realidad, la única mayoría presente en la CONAGO fue la de la policía: más de mil 300 elementos.

Aunque unos apelaron a sus investiduras y los otros a un “pueblo con hambre y sed de justicia”, los gobernadores y los manifestantes sustentaron sus acciones a partir de la representatividad. Cada uno dijo actuar en nombre de los miles, los millones, que se quedaron en sus casas.

EL CERCO DE CERCA

La seguridad y sus molestias había sido uno de esos efectos colaterales de la CONAGO. Las reuniones de gobernadores son algo que sucede tan cerca que es difícil llegar a ellas. Ese mediodía, a unos metros de las barreras, un reportero me mostró una identificación oficial que poco había servido para entrar al Centro de Convenciones: parecía impresa en un cibercafé, pese a que en la parte inferior lucía un holograma de autenticidad.

“Ve esto que me dieron. Hasta los hologramas del licor adulterado que vende Merex parecen más reales”.

EL CARNAVAL Y LA PROTESTA

La izquierda que sale a protestar tiene una gran ventaja: puede canalizar el caos a su favor. Cualquier enfrentamiento –con la policía, se entiende– podrá ser leído como una represión. En un país que ha ido lidiando con la herencia del autoritarismo, la apreciación no es inexacta, pero puede servir mañosamente de bandera. El policía, como el recaudador de impuestos, ejercen una villanía ganada a pulso y en esas circunstancias, como ha escrito Luis González de Alba, oponerse al gobierno puede parecer una virtud en sí misma.

La movilización del viernes salió de San Román y recorrió el Circuito Baluartes hasta llegar al área Ah Kim Pech. Una hora después arribó a la calle prolongación de la 47 por Avenida Ruiz Cortines, a la 1:30 de la tarde. Ahí, con una línea de seguridad que crecía a cada minuto, el choque entre policías y marchistas tomó tintes de baile de disfraces. Los antimotines parecían más cubiertos que un *stormtrooper*, mientras que los inconformes ya habían hecho gala de sus máscaras políticas (Fox, Bush, Calderón y Salinas) para representar la farsa de la privatización. Contrario al lugar común, esta vez detrás de cada mujer había un hombre (y detrás de ese hombre algún dirigente con altavoz). Se trató de una protesta donde brilló la variante política de la algarabía. La parodia petrolera y la coreografía emprendida durante el “Corrido del petróleo” vinieron a confirmar que bajo la máscara de la indignación colectiva gesticula siempre el rostro de la fiesta.

LA VIOLENCIA SON LOS OTROS

En algún momento del mitin, uno de los dirigentes del partido Convergencia, Manuel Zavala, cruzó la valla policiaca. Los agentes se apresuraron a sacarlo; él empuñó un micrófono como si se tratara de un arma (a nivel simbólico lo era) y dio algunas vueltas mientras los agentes danzaban a su alrededor. El forcejeo terminó con el labio partido del político y el enardecimiento de sus compañeros, quienes reclamaron la agresión con un nuevo embate. Los empujones resultaron mayores. Un periodista tuvo la ocurrencia de renombrar al evento a la luz de los hechos: “Conferencia Nacional de Golpeadores”.

Durante el choque, ni los policías ni los manifestantes tenían muy claro quién debía fungir como víctima. Por un lado estaban las mujeres al frente de la marcha (cualquier ataque contra ellas podía capitalizarse) y por el otro, los agentes, quienes se dejaron arrebatar algunos escudos y una macana, a fin de evidenciar de qué lado venía la intimidación.

Mientras los gritos, los empujones y la ira se manifestaban era inevitable pensar en dos palabras nebulosas que surgen siempre junto a la violencia: “provocación” y “legítima defensa”. ¿Cuáles son los límites concretos de una y otra? Fácil: la provocación la hacen ellos; la legítima defensa, nosotros. Lo que menos importa es de dónde venga la aseveración: si del reporte oficial o del *Por Esto!*

EL PETRÓLEO YA TIENE DUEÑO: ELLOS

Para el dirigente de Convergencia en el estado, Aníbal Ostoa, la marcha pese a todo “cumplió el objetivo de expresar un rechazo mayoritario de los mexicanos a cualquier intento de privatización del patrimonio nacional”. Pero resulta que no sólo el petróleo sino también el erario parecen ser propiedad privada de unos cuantos. Tanto los dirigentes de izquierda que marcharon como los policías que los retuvieron, tanto los gobernadores que vinieron como los funcionarios que dejaron sus puestos para atenderlos, todos ellos viven de las arcas públicas. Si, como todo mundo asegura, la Patria no se vende, ¿es por eso que nos sale tan caro mantenerla?



Una lección de democracia

AÑO TRAS año el Instituto Federal Electoral gasta millones de pesos en asegurar la limpieza de comicios que se efectúan cada tres años. A su vez, cada que pueden, los institutos estatales se reasignan millones para garantizar la fiabilidad de las boletas, el papel infalsificable, la tinta indeleble, pero sucede que pese a todos esos candados las cuentas siguen saliendo mal: hay más votos que votantes, las sumas no coinciden, cuatro miembros de la mesa directiva, seis representantes de partido y una calculadora son insuficientes para una operación correcta de aritmética básica. ¿Qué estaba pasando?, me pregunté. ¿Estábamos atribuyendo a la falta de rigor cívico a lo que en realidad era falta de rigor matemático?

Como si el objetivo fuera constatar esa hipótesis, doce meses después de la elección más reñida de este país en 2006, los exámenes demostraron que los mexicanos no sólo teníamos problemas con las cuentas públicas sino con todo tipo de cuentas. Un alto déficit de habilidades matemáticas y comprensión de la lectura daban la pauta de lo que le sucedía a nuestra democracia: no sabíamos contar pero tampoco entender las instrucciones de un acta electoral.

Para averiguar un poco lo que sucedía me fui al origen de nuestra educación: a quienes las encabezaban. Y para ello tuve una ocasión inmejorable: la delegación D1-30 del Magisterio celebró el martes 11 de marzo de 2008 unos comicios estatales tan absolutamente importantes que era necesario suspender las clases por lo menos un par de días. Pero qué le vamos a hacer: estos señores han sido los pilares de este país por décadas y saben mejor que nadie los costos de un sindicalismo de vanguardia. Era la primera regla de un buen sistema político: la democracia construye “puentes”.

En *Crímenes y pecados*, Woody Allen afirma que no debemos aprender de los maestros, sino observar cómo son. Yo diría

que la clave está en observar cómo votan. De principio, los comicios del martes servían para elegir a quienes iban a elegir por los maestros en el VI Congreso Extraordinario. Con el grado máximo de representatividad (elegir a quien elegirá a su vez a otro elector), los educadores estaban dando otra lección de patriotismo.

El asunto es sencillo: se elige un representante por cada cien profesores y uno más por cada “fracción de 40” (la cita es textual). Esto significa que por los primeros cien de una delegación se elige a uno, pero cuando se llega a 140 se tiene derecho a elegir a dos. Esto no quiere decir que al llegar a 180 se elija a un tercero sino hasta sobrepasar los 240. En fin, matemáticas avanzadas.

Aunque fueron citados a las ocho de la mañana, los comicios comenzaron treinta minutos después. Como si todavía estuvieran en el salón de clases, el primer acto fue el pase de lista, a fin de verificar el quórum legal. Entonces empezaron los primeros problemas aritméticos. La asistencia total era de 219 trabajadores y el responsable de tomar el pase de lista (un enviado del PREP nacional, a quien llamaremos “el facilitador”) llegó hasta el último de los registrados, con el fin de dar validez al proceso. ¿No hubiera sido más rápido declarar el quórum una vez que el registrado 111 hubiera gritado: “Presente”? No se hizo así, supongo, porque la auténtica democracia —sobre todo la magisterial— descrea de cualquier lógica que no esté en los estatutos.

Después de comprobar la evidente mayoría, el facilitador explicó que había que decidir la forma en cómo serían votados sus representantes: si de manera individual o por planilla. Se trataba de algo simple y básico, pero asimismo había que decidir si esa elección se haría de manera directa (alzando la mano) o a través del voto secreto. Es decir, elegirían la forma en que elegirían la manera de elegir.

Una voz generalizada —un murmullo que alcanzó el estatus de griterío— optó por la primera alternativa. Los alaridos de las maestras de educación especial le dieron al sistema una confiabilidad de la que nunca ha gozado ni el PREP: “¡Con la mano, ya, que tenemos prisa!”

El siguiente punto en la orden del día fue decidir si se obviaban seis puntos de esa misma orden del día. “Se trata de una sesión extraordinaria”, explicó el representante del SNTE nacional, a fin de que los compañeros entendieran que no era necesario

rendir todos esos informes financieros que mencionaba el papel.

Una señora apeló a sus derechos sindicales.

—Yo opino que si la orden del día dice que hay que rendir el informe se tiene que rendir.

—Pero es una sesión extraordinaria —le explicó el facilitador—. Para eso están las reuniones ordinarias —Y esa incompatibilidad de conceptos originó un debate de media hora.

—Bueno, que hable la asamblea— decretó el representante del SNTE. Sin embargo y pese a los acalorados argumentos a favor y en contra por parte de los presentes, en ningún momento el punto se llevó a votación.

Finalmente el facilitador dijo:

—En vista que las sesiones extraordinarias son precisamente extraordinarias porque no hay orden del día, me permito seguir con la asamblea.

Siete maestros —llamados con insistencia “representantes de las planillas”— hicieron propuestas para integrar la mesa directiva. Más de cuatro coincidieron en los nombres.

—¿Les parece, compañeros, si unimos las mismas propuestas en un solo grupo para no votar por las mismas personas una y otra vez?

En las democracias avanzadas el sentido común también se pone a consideración de las mayorías. Todos dijeron que sí.

Una vez conformada la mesa directiva (un secretario y dos escrutadores), se prosiguió a elegir a los candidatos. Es decir, se supone que hasta ese momento ni siquiera se sabía por quiénes se podían votar.

“Los siete representantes” (nadie dijo a ellos quién los eligió) propusieron nuevamente nombres: finalmente quedaron integradas dos planillas (de dos integrantes cada una). El siguiente paso era nombrar a cada planilla. No se trataba de un proceso tan simple como en la primaria donde los equipos de fútbol podían llamarse “las Águilas” o “Valversiper”; en una asamblea sindical todo era susceptible de malinterpretarse.

—¿Y si sólo le ponemos planilla 1 y planilla 2?— dijo alguien. La moción fue aceptada con una algarabía unánime.

El facilitador dejó en claro uno de los puntos básicos de todo referéndum:

—Entre los representantes y la mesa directiva hemos

acordado que si escriben el nombre de la planilla tanto con letras como con números se dará por válido el voto.

Hubo aplausos. A continuación el coordinador mostró la urna: un bote transparente que debió haber albergado de origen a una centena de Chupa Chups.

—Pasaremos nuevamente lista para que venga cada uno a emitir su voto.

Todos esperaron su nombre. La mayoría gozosa pensaba en qué hacer con el resto del día inhábil.

El país de las injurias

PENSEMOS EN dos deportes peligrosos: hacer caricaturas de Mahoma y darle a la Bandera nacional funciones sanitarias. De una, ya se sabe: millones de musulmanes iracundos y no pocos integristas lanzando amenazas de muerte a periódicos y otros medios. Su razón: apoyados en El Corán, reprueban cualquier representación del profeta. De la otra ya se supo: un amparo negado por la Suprema Corte y la petición que en abril de 2008 realizara la PGR para dar prisión o multa (y de preferencia ambos castigos) al escritor campechano Sergio Witz, por haber difundido el poema “La patria entre la mierda”. Su razón: apoyados en el Código Penal Federal, la Procuraduría argumenta que los “patrios pendones” sólo pueden ser empapados por “olas de sangre” y por ningún otro fluido más.

Transcribo a continuación la noticia que da cuenta de este insólito suceso:

A PRISIÓN POR INJURIAS

Campeche, Campeche (PdP).- Pocos días de libertad le quedan al delincuente literario Sergio Hernán Witz Rodríguez y/o Sergio Hernán Huitz Rodríguez (a) “el Poeta”, de 46 años de edad y de profesión maestro universitario, por injurias contra la Bandera mexicana, casada, de profesión símbolo patrio, quien no especificó su edad, pero a la que se adivinaron múltiples cirugías.

Los hechos se registraron el pasado viernes, alrededor de las seis de la tarde, en Campeche. El sujeto fue detenido por elementos de la Procuraduría General de la República, quienes en un recorrido de vigilancia fueron abordados por Abel Santacruz Menchaca, de profesión lector de revistas de poco tiraje, que mientras señalaba a una persona del género masculino, lo acusó de faltarle el respeto a la Bandera mexicana e imputarle “funciones poco decorosas”, entre ellas las de papel higiénico. “Cosas horribles que no puedo ni repetir”, añadió el denunciante, hecho un energúmeno.

Los agentes arrestaron a Witz, quien se defendió arguyendo su derecho a la expresión. “¿Quién apela a la libertad de expresión en estos días?”, dijo uno de los policías. “Ésa fue

prueba suficiente para determinar que el sujeto estaba en completo estado de ebriedad”.

En consecuencia se abrió la averiguación previa 7361/II/2002, sustentándose en el artículo 191 del Código. La policía decomisó el arma, un texto de 21 líneas afilado y enmohecido, pero nada hizo con el cuerpo de la víctima, quien hasta ese momento sólo ondeaba, algo indignada y de perfil. Ninguno de los presentes cuestionó el hedor que podía percibirse en el lugar de los hechos.

¿En verdad se trata de un texto tan agravante como para despertar todo este escándalo?, ¿se merece Sergio Witz todo el peso de la ley por el escrito en cuestión? Leámoslo de nuevo y descubramos que desde el punto de vista estrictamente literario, nos encontramos —qué duda cabe— ante un mal poema:

ARTÍCULO 191

Al que ultraje
el escudo de la República
o el Pabellón Nacional,
ya sea de palabra
o de obra, se le aplicará
de seis meses a cuatro años
de prisión
o multa de cincuenta
a tres mil pesos
o ambas sanciones,
a juicio de juez.

¿No creen ustedes que “a juicio de juez” es una expresión cacofónica?, pero más grave que eso ¿funciona con efectividad el verso libre?, ¿no sería mejor acudir de nuevo a las rimas que todo lo perdonan, sobre todo cuando se trata de canciones patrias?

Al que ultraje en México al Pabellón
en palabra, obra u omisión
recibirá hasta cuatro años de prisión
o al menos una multa de sanción

Con una ley tan clara sorprende que la PGR analizara cinco diccionarios para concluir que el poema SÍ constituye un ultraje a la bandera nacional. Según *El Universal*, tres de los volúmenes

consultados fueron el de la *Lengua Española*, el de la *Real Academia Española* y el *Pequeño Larousse Ilustrado*. De los otros dos no se sabe, pero se sospecha que fueron el *Diccionario de Charlie Brown* y el de Christopher Domínguez Michael (aunque este último despertara discrepancias entre los mismos peritos, que se declararon “poco pacianos”).

Hubiera dado lo que sea por presenciar las discusiones entre expertos de la PGR sobre el delito que encierra un texto literario.

—Comandante Greimas, en este seudopoema podemos apreciar tres aspectos de la semiótica sobre la unidad sustancial de su objeto (es decir la bandera) y el texto que se representa exteriormente por medio de un signo ya sea literario o proctológico.

—No estoy tan seguro, mi estimado agente Barthes, tengo la impresión de que el escrito en cuestión es la manifestación de un signo connotativo complejo, un sistema de producción de sentido (el texto) cuya sustancia de la expresión proviene de una planta tratadora de aguas negras.

—Comandante, disculpe mi atrevimiento, pero tengo mis dudas, sobre todo en el enunciado “Me seco el orín”. ¿Se referirá Witz a la ausencia de un Ser Supremo o a la angustia del hombre contemporáneo?

—No lo sé. Ha sido el verso que más me ha costado descifrar. Estuve toda la noche tratando de hablar con el fiscal Eco al respecto, pero estaba demasiado ocupado leyendo novelas policíacas. Mejor demos otra revisada al *Manual del buen decir* para despejar nuestras dudas.

—Así será, comandante.

Finalmente y a manera de colofón para este caso, transcribo el desplegado que hiciera la revista *Letrinas Libres* al respecto:

Nos avergüenza que se usen los nombres de desechos corporales para hablar de la Bandera. Los desechos y los fluidos son sagrados y sólo merecen ser mencionados en los albures, en las consultas médicas, en las paredes de los baños públicos o en las pláticas entre adolescentes. Reprobamos cualquier otra utilización de esas palabras en otros sitios, inclusive los supuestamente literarios, como la poesía, la música o los programas infantiles, y pedimos todo el peso de la ley para el escritor

Sergio Witz, por denigrar las funciones de nuestro hermoso cuerpo en su lamentable texto 'La P... entre la mierda'.

Así sea.

Asuntos internos



Lecciones de periodismo para días inhábiles

EN LA aparente calma de Campeche, en esa tranquilidad de tríptico turístico con la que hemos crecido, hay tan poca materia prima para la prensa que sólo es noticia lo que está a punto de acontecer. En una ciudad donde los medios locales se dedican a cronometrar el inicio de la temporada de pulpo, cualquier muerte o declaración política parecen las últimas referencias de un mundo donde todavía suceden cosas.

Sin embargo, en esa misma apatía de acontecimientos, existen los casos extremos, ¿qué hacer en los días inhábiles?, ¿en esas fechas de asueto obligatorio que el periódico donde trabajamos no nos concede bajo la consigna de que “la noticia nunca se detiene”?, ¿cómo cumplir la dosis mínima de caracteres en las mañanas de resaca?, ¿qué puede acontecer el 1 y 2 de noviembre, el 25 de diciembre o el 1 de enero en una ciudad donde generalmente nada sucede y los diarios explotan para esas fechas reportajes sobre el colapso de las pensiones y lo caro que saldrá este año la cena de Navidad o la comida del Día de Muertos?

Imprácticas como la mayoría de las cosas que nos enseñan en las aulas, las clases de periodismo no son aplicables a ciudades como Campeche, donde hay pocas novedades y a veces los políticos no tienen nada que declarar. Por ello, como una especie de material didáctico adicional para las nuevas generaciones de comunicadores, redacté ocho consejos de supervivencia para los días inhábiles:

1. INVENTE LA NOTICIA. Accidentes inverificables, robos que la Secretaría de Seguridad Pública nunca se entera, un muerto de nombre curioso (el santoral de ese día es de mucha utilidad), atropellados, dos automóviles que colisionan, un macheteado en un ejido. Arremetió contra su compañero de juerga; fue detenido por abandono de hijos y cónyuge. Además, seamos honestos: cambiando lugares y modificando levemente algunas circunstancias, posiblemente todo haya ocurrido tal cual.

2. SEA VOCERO DE ALGÚN FUNCIONARIO. Los servidores públicos están siempre en campaña porque su auténtica función no es servir sino escalar. Cada dos días mandan comunicados donde destacan su decidida intervención para lograr el tope de una calle o la poda de árboles en un parque. Lo bueno es que sus logros, la mayoría de ellos imperceptibles, no tienen fecha de caducidad.

3. LAS NOTAS DE COLOR NUNCA FALLAN. Salga a la calle. No le llevará muchos minutos describir la prisa de la gente en Navidad, los negocios abarrotados el 14 de febrero o la desértica ciudad el primer día del año. Pregunte en dos o tres comercios cómo ha ido la venta, qué artículos son los más solicitados. Seguramente en Fieles Difuntos subió la demanda de flores o ya nos invadieron las costumbres extranjeras. En días absolutamente despoblados destaque el número de turistas que recorrieron el centro en busca de artesanías.

4. GRAN FUENTE DE INFORMACIÓN. EL “PEDRO SÁINZ DE BARANDA”. Inmiscuidos, como estamos, en una economía de mercados, a nadie debe extrañar que el Mercado Principal sea el mejor termómetro financiero de la ciudad. Asimismo, “nuestro principal centro de abastos” (escríbalo así para ocupar más espacio) representa como nadie al Campeche contemporáneo: luchas de grupos, filtraciones de agua, problemas con salubridad, los yucatecos nos quitan los clientes, etcétera.

5. USE, GUARDE Y RECICLE. En su libro autobiográfico *Ecce homo*, Federico Nietzsche cuenta que concibió el Eterno Retorno después de haber leído un periódico campechano. De ahí le provino la idea de que “todo tiende a repetirse un número infinito de veces”: El malecón tiene basura, los locatarios se quejan del subdirector de Mercados, los choferes no respetan a los adultos mayores. Todo está aconteciendo de nuevo, día tras día, sección tras sección. De algo tendría que servir la falta de memoria histórica de los mexicanos.

6. HAGA HISTORIAS DE GENTE COMO USTED. Las personas aparentemente comunes tienen cosas que contar: la Virgen se la aparece en la humedad de su pared, aún juega la lotería campechana, es campeón de danzón para la tercera edad, se rehabilitó de las drogas y el alcohol. Un poco de sentimentalismo nunca está de más en los diarios.

7. COLECCION TRÍPTICOS. La PROFECO hace todo el tiempo recomendaciones para no ser estafados, la SEDESOL posee algún programa del que nadie se ha enterado todavía, hay Semanas de Salud cada semana. Todo sirve a pequeña escala: una nota donde una dependencia “alerta”, otra donde una Secretaría de Estado “advierte” y una más donde una dirección municipal “invita”.

8. LOS COLONOS SIEMPRE TIENEN ALGO DE QUÉ QUEJARSE. Las patrullas no pasan, ya robaron en dos casas, tenemos miedo de salir después de las diez de la noche, la maleza de un baldío podría propiciar un brote de dengue, en tiempos de lluvia se llena todo de agua, no le hemos visto la cara al diputado, pero qué tal cuando nos pedía el voto, ya avisamos de los baches al Ayuntamiento pero nadie viene, nos falta luz, urge un módulo de seguridad, se están cayendo los postes, nuestros niños piden un parque, hay basura, hay tristeza, hay abandono.



El Grito

CADA 15 de septiembre, recupero la sensación de que los mexicanos no sabemos demostrar los sentimientos a bajo volumen. Educados en la idea de que la vida es un trago amargo que sólo se asimila gritando *ayayay* a mitad de una canción, hemos construido una fiesta nacional llamada sintomáticamente “el Grito”. Alrededor de ella, se encuentra aglutinado todo aquello que nos distingue de las otras naciones; en especial nuestra capacidad para dejar basura fuera de los botes, subir a gente sobre los hombros a fin de que el de atrás no vea nada o hermanarnos con los desconocidos a través de una bandera de dos metros por cinco.

Uno de esos quince de septiembre en que fui a la celebración oficial, mientras el mariachi interpretaba otra de sus canciones, un tipo alcoholizado a mi lado quiso decir, a mi parecer, “También de dolor se canta”, pero terminó gritando: “También de dolor se sufre”. Ese equívoco, que quizás provino de algún punto sórdido de su biografía, pudo haber diagnosticado a miles de compatriotas. Orgulloso, revanchista y con un vocho modificado para bocinas de disco móvil, el mexicano septembrino ha hecho de sus derrotas un motivo de presunción y ha dado a su amargura decenas de aplicaciones que nada tienen que ver con la pena.

Y es que nuestra historia parece un compendio de fracasos, protagonizados por tipos a los que no les quedó otra más que hundirse con dignidad. El recuento proviene desde Cuauhtémoc y llega hasta Hidalgo, los Niños Héroe y la Selección Mexicana. Como bien han demostrado el fútbol y la guerra —o para poner dos ejemplos concretos: la “Tota” Carvajal y Juan Escutia—, desde entonces es posible alimentar el orgullo nacional sólo con proezas inútiles.

Para conciliar lo mejor y lo peor que tenemos, hemos inventado el mes patrio; la posibilidad de celebrar con voladores lo que no podemos ser en la vida diaria. Porque pensémoslo un poco, ¿a cuántas personas les gusta llevar siempre banderas tricolores en

sus automóviles, cuántas mujeres usan trenzas para ir cada tarde a sus trabajos, cuántos jóvenes en verdad se saben la letra de “La que se fue”? Esa impostura de representar durante septiembre lo que no podemos ser en los otros meses del año recibe el nombre de “mexicanidad”.

Las aglomeraciones patrias vienen a demostrar ese crecimiento poblacional del que sólo tenemos noticia en Carnaval y en las filas de las preinscripciones y también confirman una tradición persistente entre los ciudadanos: el desvelo como prioridad nacional. No extraña entonces tampoco que ante el rosario de héroes, la multitud grite “¡Viva!”, principalmente para sentir que aprovecha las circunstancias (“Ya que estamos tan juntitos, vamos a hacer algo, ¿no?”). Vivan los héroes que nos dieron Patria, Viva Hidalgo, Viva Morelos, Viva Josefa Ortiz de Domínguez, Viva México. “Es como ir a las luchas”, decía un amigo, “tienes que gritarle algo a alguien, aunque no sepas de quién carajos se trata”.

Cada que las masas mexicanas recuerdan a muertos venerables, termino pensando: ¿sirven para otra cosa los héroes, además de modelos para los pequeños, imágenes para los billetes y como nómina innegable para vitorear en las celebraciones patrias? ¿Cuántas cosas sabemos de ellos?, y más importante aún, ¿cuántas cosas nos interesa conocer de ellos salvo que Zaragoza llevaba unos lentes ovalados y el cura Hidalgo, el mismo pelo de Carlos Bianchi? Por eso casi nadie recuerda a Aldama o Matamoros: porque carecen de fetiches. El héroe nacional es un aprendizaje moral hecho de ilustraciones, que como el catecismo o los libros de cómics, hemos asimilado para tener un pasado en común, algún ejemplo que transmitir a nuestros hijos. En ese sentido, sólo los bustos y las glorietas, los billetes y las fiestas patrias, pero principalmente las educadoras que nos disfrazan de ellos cuando somos niños, los salvan del olvido. Pero no pasan de ser un gesto, una frase, una estampita de papelería. Como bien ha anotado Jorge Ibarguengoitia, detrás de la levita de Juárez y la pañoleta de Morelos, los héroes son todos unos desconocidos. Casi como nuestros vecinos.

Además de las figuras históricas, la otra cosa que no puede faltar en una noche mexicana es la música de mariachi, ese conjunto de dolores reales e imaginarios al que hemos dado

demasiado espacio en nuestra noción de identidad. “Como la torta ahogada, la música de mariachi tiene mayores posibilidades de éxito mientras más perjudicial sea para el organismo”, ha escrito José Israel Carranza. Y es verdad: no importa si se trata de una celebración patria o de una fiesta karaoke, la gente quiere sentir a través de la música ranchera. Como otras cosas que igual tienen que ver con la Patria, la música vernácula es un furor para el que no existen las afinaciones. La canción mexicana está hecha, como la telenovela, para revivir alguna pasión básica del ser humano: nos dejaron por otro, alguien se murió, está a punto de morir o no se muere por más que queramos. Es un género que celebra todo lo reprobable —la infidelidad, el alcoholismo, el machismo, la autocompasión— y que sin embargo, resulta idóneo para recordar que el sufrimiento siempre nos viene a deshoras.

En este país los grandes festejos se parecen a las grandes revueltas: la huida será absolutamente incivil y nadie va a recoger nada.



Sin lugar para los peatones

EN 40 AÑOS más las personas ya no van a querer salir de sus carros. Una semblanza típica del futuro será: “Fue concebido en un asiento trasero, pasó una buena parte de su vida al volante, murió en un accidente automovilístico”. En pocas palabras: más que protagonizar una biografía, la transitaremos.

Para toda una generación, una salida de fin de semana, supone dar vueltas en el malecón y experimentar el vértigo de una curva a 100 km/h. Ya es bastante sintomático que decenas de jóvenes atiborren los estacionamientos de las discotecas, en lugar de entrar en ellas. Una costumbre que por supuesto está sustentada por la lógica: el alcohol llega con prontitud (apenas hay que ir a la cajuela por hielos), la chica es menos renuente, el DJ eres tú.

Y es que con los meses el parque vehicular se hace cada vez más grande. Las familias con cinco carros dan orgullo, pero las de cinco hijos, dan lástima, aun cuando supongan gastos y preocupaciones similares. “Nadie se ve obligado a comprar un carro por una noche de juerga”, me dice un amigo mientras observa las mensualidades de un Córdoba.

He visto en pocos años cómo las viejas construcciones del Centro Histórico de Campeche, al igual que algunas de las más representativas plazas públicas, se han convertido en estacionamientos. El que los edificios que antes albergaban personas ahora acojan automóviles debe significar algo. Los vehículos han ensanchado nuestro volumen a ocupar en el mundo, al tiempo que nos han reencontrado con nuestra naturaleza nómada. ¿Qué puede suceder entonces? Que la ciudad se descomponga, según Jorge Ibargüengoitia, pues “no fue proyectada para que cada habitante ocupe ocho metros cuadrados”.

Todo esto me hace pensar que quizás los automóviles ya empezaron no sólo a darle valor a las personas sino a valer tanto como ellas. Y lo peor, que en este contraste entre los vehículos y los cuerpos somos los peatones quienes salimos perdiendo. Por

supuesto que todos prefieren asegurar sus autos a asegurar sus piernas. Señoras que son maltratadas por sus maridos pueden armarte un escándalo si de repente te apoyas sobre el cofre de sus coches. “Cuidado y lo abolles”, te dicen. ¿Cuál es la lógica de esta actitud?: los vehículos son más caros, tienen mejor clima y nos causan menos vergüenzas que algunos seres humanos, como por ejemplo, nuestros tíos. No obstante, también revelan lo peor de nosotros mismos: el egoísmo, el desprecio por el prójimo y el total desacato de la ley. A un accidente vial siempre prosiguen las falsas acusaciones y la violencia verbal, y nunca aparece el valor necesario para decir “Sí, fui yo”. Cuando dos cuerpos chocan lo más que se llega a escuchar es “Ora, idiota”. No existen peritos para determinar quién tuvo la culpa si dos transeúntes tropiezan.

Cada día leo sobre percances viales en todos lados y compruebo la falta de urbanidad a la que nos ha llevado el automóvil. Qué importa parar la circulación de una avenida, el chiste es nunca aceptar la responsabilidad hasta que llegue la aseguradora. He presenciado choques tan evidentes que sorprende el convencimiento con el que el culpable pide la reparación de los daños. Los carros, me convengo, no sólo se han llevado nuestro civismo sino nuestro absoluto sentido de la realidad.

En el plano gubernamental, las cosas van en la misma dirección. Por supuesto que cuando se habla de obras viales se está hablando de vehículos. Ningún presidente municipal anuncia la ampliación de camellones y dice: “Asumiré los costos políticos”. Y es comprensible. El conductor paga más contribuciones, pero también se convierte en el votante más histérico. Un embotellamiento a las doce del día lo vuelve un tipo sensible y si alguien le promete aligerar la carga vehicular, es capaz hasta de pensar en tachar su nombre en una boleta.

Los peatones, por otro lado o somos más moderados o ya nos resignamos del todo. No pensamos en los políticos a la hora de deambular por las calles. En su lugar, maldecimos a los camiones o a los papás que se estacionan frente a las escuelas particulares; en fin, que tenemos otros blancos para nuestra ira. Que alguien prometa avenidas más anchas apenas nos preocupa. Ya desde hace mucho que aprendimos a cruzarlas como inmigrantes mexicanos en Texas.

El que muchos sigamos sin tener automóvil no obedece exclusivamente a que no lo queramos. Los abusivos servicios públicos (del microbús al radiotaxi) nos han hecho pensar que los coches particulares son necesarios. Ya que pagamos 4.50 pesos por los viajes en transporte urbano ni siquiera podemos determinar qué es un servicio de 4.50, pues los choferes nos tratan como si en realidad ellos nos pagaran por subirnos. Sin embargo, esta perspectiva del coche como un artículo imprescindible fascina a nuestros padres. Cuando tu mamá desiste de que le des un nieto empieza a preguntarte que cuándo piensas comprarte un automóvil, porque los carros son una prueba de madurez, como la cotización para la vivienda o el acta matrimonial.

Como el peatón empedernido que soy, me preocupa cómo el mundo está cambiando a favor del auto particular y cómo los servicios empeoran para hacernos soñar con un carro propio. Sin embargo, lo que más me inquieta es la manera en que los coches reproducen la vida que hemos llevado sobre la banqueta tantos años:

—Ponte el cinturón si no la alarma va a seguir sonando— me dijo una vez una amiga que me llevaba de aventón a mi casa.

—Ahora resulta que tu automóvil me va a dar lecciones de urbanidad.

—Y de moral. También suena si intentas tocarme.

Pedí que me bajara en la siguiente esquina.



Ría mística

POR MUCHOS años, la Ría fue la hendidura de la cual quejarse, aunque ya no doliera. La fisura de la vergüenza, una imagen del interior, como si esta ciudad expusiera en sus desechos la vida que corría por sus venas.

Yo tengo otras imágenes de ella: la primera, la del lugar amoroso. No es difícil explicarlo: del otro lado de la avenida vivía una compañera de la prepa que me gustaba; por algunos meses pensé en la Ría como en el escenario de nuestros encuentros (los puentes tienen ese halo romántico, de filme neoyorquino, aunque sepamos que abajo habitan seres inclasificables). Tampoco es difícil suponer el desenlace: la telenovela de mi adolescencia se quedó sin protagonistas cuando la chica y yo acabamos siendo amigos, en la triste frontera donde no hay emociones para el tacto. Por semanas, miré el desagüe con nostalgia; busqué el silencio para experimentar los primeros masoquismos de la memoria y su pregunta incontestable: qué sucedió. Sin embargo, es bien sabido que los cruces sin semáforos son la válvula de escape de los automovilistas y los cláxones me devolvieron a una realidad donde no cabía el ensimismamiento. Para cientos de conductores, el puente de la Ría sólo proporcionaba motivos para pensar en la maternidad ajena en horas pico.

Pensé en otras historias. En el día memorable en que el microbús se detuvo ante un tumulto de curiosos. El motivo llevaba la rúbrica de una cinta de terror: un cocodrilo andaba suelto en la Ría. Pensé en *Alligator* y en otras fantasías cinematográficas que trataban de animales recorriendo nuestras alcantarillas. En los tiempos en que asistía a la escuela marista, encontré con frecuencia a personas lanzando anzuelos en esas aguas. Siempre tuve interés en saber qué especies se criarían en tal hábitat.

A la Ría también llegaron los desechos de palabras. La recorrí muchos meses con la atención puesta en los mensajes sobre el concreto. El Ayuntamiento le apostó a la blancura, pero los jóvenes vándalos creyeron más en la libertad ganada a gritos de

aerosol. Como en la prosa de Bukowski, la obscenidad deliberada se encontró con la literatura: “Puto miedo”, dice un letrero escondido en la multitud de nombres y firmas, con los trazos indecisos de quien está al borde de algo. Yo aventuro dos o tres hipótesis. Me quedo con la que más habla de mí.

El cruce con la calle 14, me recuerda, por otro lado, los ensayos del grupo de rock; la casa de la esquina donde podíamos escuchar las conversaciones de los taxistas porque el amplificador de guitarra captaba las ondas de radio. La ventana del cuarto de ensayo, esa dosis de realidad que yo tomaba entre canción y canción, tenía al desagüe como fotografía única, el póster panorámico que no acababa de irse. Desde el segundo piso, las aceras daban impresiones de absoluta simplicidad: cuatro líneas de cemento recorridas a diario por seres indefensos (quizás por eso los superhéroes ven la ciudad desde las azoteas: porque, desde arriba, todos damos la impresión de necesitar ayuda). Yo tocaba como si aportara el *soundtrack* de la película, como si la música fuera el único suceso importante en la cada vez más aplastante rutina de los otros.

Hoy contemplo alambrados, máquinas, trabajadores. Las vértebras gigantes de una futura tubería. En este tramo interrumpido, con lodo en los zapatos o la mirada puesta en un árbol caído, Gabriela y yo hemos sentenciado: “Campeche es la maqueta de una ciudad que aún no se construye”. La frase es inexacta, odiosa y apasionada. Terminada la adolescencia, uno extraña hasta las marcas del acné y eso me sucede también con el desagüe en cuestión. Apenas si puedo pensar que es feo, mal oliente e innecesario (tres virtudes, vaya coincidencia, de quienes no somos metrosexuales), pero reconozco por igual que su progreso desfigura mi paisaje cotidiano. Lo siento: en la lenta ciudad donde vivo, la nostalgia de cada generación se atiene a cualquier cosa que esté a punto de desaparecer.

Una vez cubierta la Ría, tendrá nombre de avenida, lo cual no deja de ser triste para quienes hemos usado la palabra “Ría” como referencia todos estos años. De manera oficial la avenida llevaba ya un nombre, ciertamente injusto, porque en México, la geografía urbana obtiene por decreto sus nomenclaturas (la cotidianidad es más práctica: usa cualquier cantidad de trampas para sortear la falta de ubicación). Para mí la Francisco I. Madero será

siempre la Ría, la ruta del camión que he transitado por años. Su historia será también el compendio de postales desde el transporte urbano: el diario deambular de los estudiantes de secundaria, la sucesión de comercios que nunca alcancé a recordar cuando los necesitaba. El autobús nos familiariza con una ciudad que excluyen las guías turísticas (a medio camino entre el tedio y la fealdad) mientras hace vibrar nuestro rostro apoyado en la ventana. Concibo este artículo, con la mirada repartida entre el mundo de afuera y el de adentro. Cerca de mí, letras temblorosas hablan de un Romel al que nunca conoceré a pesar de su nombre escrito en todos los respaldos, el conductor sube el volumen de su reproductor de casetes, la chica del último asiento me comparte sus audífonos y la sinfonía del hombre común parece componerse de ejecuciones que nada tienen que ver unas con otras.

Pido parada. El tope del parque (“Francisco I. Madero”, otra vez) ha sido hasta ahora mi aliado cuando se trata de que un autobús se detenga. Caigo sobre un charco. El busto irreconocible del héroe (viví engañado toda mi infancia pensando que se trataba de un músico) contempla mi ridículo desde lo alto. El lugar es oscuro, con juegos infantiles en el abandono (un columpio en la penumbra es eficaz sólo si aparece en *Poltergeist*). Cerca, niños practican fútbol en un campo improvisado. Las bancas transmiten las vibraciones del asfalto; sobre ellas, parejas buscan sacudimientos interiores. He caminado cientos de veces la misma trayectoria de regreso y hasta ahora el escenario me hace imaginar una ciudad donde sólo lo feo es entrañable. Llego a la puerta de mi domicilio. Antes de meter la llave por la cerradura, me convenzo de que es necesario escribir un réquiem. Los zapatos enlodados sobre el tapete son la última señal de un paisaje que se ha ido conmigo a casa.



Diversión garantizada



La fila sigue igual

9:00 A.M. HOY ES 28 de julio de

2004 y estoy haciendo cola para comprar tres boletos numerados de la serie final entre Piratas de Campeche y Saraperos de Saltillo. Algo me dice que este será uno de los días más largos de mi vida, sólo comparable a aquel viernes en que se olvidaron de ir a recogerme al kínder. Score: boletos comprados: 0, minutos bajo el sol y también para esperar que abran la taquilla: 60, pensamientos versados en sacar un arma y disparar sobre las personas que me anteceden: 36.

11:20 A.M. Las filas, como las mujeres casadas, tienden a engordar inexplicablemente. He visto a unas jóvenes sospechosas acercarse a platicar con quienes hasta hace una hora no conocían. La taquilla abrió con retraso y ha puesto un tope de venta, que más parece un tope de velocidad. He retomado aquel pensamiento chino que dice que la experiencia más cercana a la de la muerte es la espera. Score: número de boletos que permiten adquirir por persona y cantidad de minutos que se tarda el boletero con cada comprador: 10, pasos avanzados con respecto a la posición inicial: 2, fantasías eróticas que tienen como protagonistas a las jóvenes sospechosas: 0.

12:35 P.M. Un señor de lentes oscuros me dice: “Ahora resulta que a todos les gusta el beisbol”. Le respondo que bueno, era previsible. Tengo la impresión de que es uno de esos tipos que no se sienten a gusto si la badana de la gorra no les aprieta con fuerza y para quienes la palabra “pelota” define una suma exacta de emociones. (El fanático de antaño aprecia la estrategia sobre el espectáculo. Las nuevas generaciones se aburren con facilidad ante la ausencia de carreras; el conocedor, en cambio, llama a eso “duelo de picheo”). Sin embargo debo admitir que, a fin de cuentas, tiene algo de razón. Score: veces que he visto el final de la cola para convencerme de que existe gente más jodida que yo: 32, individuos formados que posiblemente confundan *doble play* con *doble juego*: 58.

1:41 P.M. Los vendedores ambulantes son la prueba fehaciente de que la mala alimentación está extrañamente ligada al deporte. Tengo hambre. Los cacahuates, los kibis y el nance habanero ejercen la fascinación de un pecado que mi dietista considera “una combinación entre la gula y la desidia”. Alzo la mano para llamar al primer tipo con comida que pase. Después de todo, mientras no crucemos los territorios del espectador nuestras obligaciones con la nutrición son imaginarias. Score: consumidores compulsivos de productos chatarras que después terminarán con la cabeza metida en una caja de Omnilife: 23, personas convencidas de que el boleterero suspenderá la venta para salir a almorzar: 45, metros avanzados desde la última vez que me di cuenta que podía moverme: 0,20.

2:15 P.M. Siento dolores en la pierna izquierda. Exactamente en uno de esos lugares que siempre nos tienen sin cuidado hasta que empiezan las convulsiones. Todavía la noche del lunes había sentido incomodidad por estar tanto tiempo sentado (exactamente lo que duró mi llegada en automóvil al monumento a Justo Sierra, para los festejos). Después de que el equipo obtuviera el banderín de la Zona Sur, la multitud se volcó a las calles para celebrar a ritmo de sus cláxones. Tardé alrededor de una hora en alcanzar la glorieta que simbolizaba el triunfo, entre un buen número de conductores desesperados por el retraso. Un amigo sentenció que, para nuestra mala suerte, en Campeche no existía aún la *cultura del embotellamiento*. Y mis dolores musculares confirmaban esa sospecha. Score: pasos avanzados durante toda esta disertación sobre la euforia de hace dos días: 1.

3:02 P.M. Quienes han venido en días anteriores se refieren al señor de la taquilla como si fuera el protagonista de *¿Y dónde está el policía?*: con el mote de “el viejito”. La demora, que empieza a enrojecer ciertos rostros, se debe principalmente a su lentitud y a la intrusión desvergonzada de algunos tipos en la fila. (Hay gritos que no sabe uno si atribuirlos al espíritu deportivo, en cuanto la palabra “¡Culeero!” necesita la presencia indispensable de un ampáyer). La ola de protestas recorre la hilera de gente, pero nadie hace nada para solucionar el problema. Score: veces en que he argumentado la necesidad de fundar una aldea con toda la gente que espera en la cola: 14.

4:10 P.M. Resulta conmovedor que cuando estás formado, los amigos que hace mucho tiempo no veas se acercan a saludarte. Con frecuencia, te sientes obligado a resumir tu vida en unas cuantas respuestas importantes: dónde trabajas, qué estudiaste, cuántos boletos tienes encargados. Hablan de algunos conocidos en común (nadie que no pueda agruparse bajo los conceptos de “embarazadas” y “en trámites de divorcio”) y te deja a su novia (una rubia de la que estuviste enamorado en la preparatoria) para que le des lugar. Estás en un conflicto ético, pero terminas cediendo, porque la lujuria y la nostalgia forman un pecado que tu dietista no te ha prohibido aún. Score: veces en que la chica en cuestión (al referirse a las clases de gimnasia de su prometido) ha dicho “burro” en lugar de “potro”: 5.

5:32 P.M. El sol es apremiante. Me estoy protegiendo con un cubre-parabrisas, así que del otro lado puede verse la imagen de una bañista con lentes. Sólo quince personas me anteceden, por lo que estoy al borde de lograr mi objetivo. Siento una gran felicidad. Es posible ignorar las manchas que me están saliendo en los antebrazos. La vida al fin de cuentas vale la pena. Score: horas de bronceado que le hacen falta al señor de adelante para parecerse al pítcher Danny Magee: 3, misteriosos rumores sobre la posibilidad de que se cierre la taquilla antes de mi arribo: 11.

6:01 P.M. ¡No es posible! ¡Apenas tres tipos antes de llegar y las entradas se han agotado! ¡Maldición! ¿Qué se puede esperar después de diez horas bajo el sol? Llanto y crujir de dientes, sin duda. Con rapidez, me formo en la fila de “Boletos No numerados” para alcanzar aunque sea las escaleras del estadio. Se suscitan empujones, la señora de atrás se resiste con los brazos abiertos como mártir. Falta poco, lo sé: ya distingo al boleterero.



El futbol nos une

0-0 PONED LA OTRA ESPINILLA

QUE EL campechano Wilbert Palomo Carrillo haya aparecido el mismo día (24 de enero de 2008) en todos los sitios de deportes en la red (incluyendo ESPN y Fox Sports), las páginas de interés general y la primera plana del *Reforma* es de celebrarse. El sacerdote y defensa del equipo Agustiniense se convirtió en el primer expulsado por entradas violentas en toda la historia del Cleris Cup, el torneo de futbol de curas y seminaristas organizado por el Vaticano.

No me resulta extraño. Los aficionados al balompié saben que se respira más fe en un estadio que en una escuela de teología. Esa reunión de multitudes donde aparecen tan pocas costumbres cristianas no está peleada con la súbita necesidad de que Dios exista cada que uno de los nuestros cobra un tiro de esquina. No fortuitamente, los partidos suceden en domingo, el día en que Dios recibe más solicitudes y cuando hay más posibilidad de que se traspapelen las plegarias.

Por otro lado, siempre me ha fascinado la pasión que despierta jugar el futbol al grado de hacernos olvidar no sólo los hábitos sino la cordura, por no decir la posición en la cancha.

“No tuve la intención de chocar al portero, pero estábamos a punto de empatar”, declaró después de su expulsión Palomo Carrillo. Recordemos que el sacerdote campechano jugaba de defensa y fauleó *al guardameta del equipo contrario*.

Educado en ligas estatales donde todos dominan el gancho al hígado pero pocos el tiro con el empeine, Wilbert Palomo es el claro ejemplo del hombre a quien le importa más la camiseta que la salvación. Y esto es entendible. El puntapié a la espinilla es apenas una forma extrema de quebrar las reglas en un deporte, donde lo que nunca sobra es la cortesía. De jalar la camiseta a endilgar apodos, el balompié se nutre de pequeñas faltas que le dan su estatus de “juego del hombre”. En el futbol las buenas maneras están apenas determinadas por el silbatazo del árbitro.

0-1 FUTBOL A NIVEL DE SOBREMESA

Admiro a mis amigos y su memoria entrenada en por lo menos seis mundiales. Escucharlos hablar es como asistir a una clase de historia patria, llena de derrotas y sobre todo de múltiples interpretaciones. Rodrigo, Fernando, Wilberth, Miguel, Emilio, Uri y Héctor son capaces de reconstruir el México-Bulgaria del 94 con los cuadritos de verdura de la botana. Oírlos relatar la manera de cómo ha perdido la Selección es entender un poco la tragedia que acompaña a un país siempre a merced de la eventualidad.

Una plática sobre futbol siempre estará en la línea fronteriza entre la fascinación y el aburrimiento. Conocer demasiado es entablar *de facto* un debate al borde de la enemistad, pero ignorarlo todo es padecer cuatro horas de palabrería sin sentido. Por eso los fanáticos del fut conviven tan a gusto sin mujeres de por medio: sienten que no es necesario fingir otros intereses.

Yo, que estoy en el punto intermedio, escucho esas pláticas como quien se adentra en las páginas de un libro de caballerías, o mejor aún, en la narración de un pleito carcelario. ¿De qué otra manera puede uno conocer nombres tan inverosímiles como el “Coreano” Rivera o el “Picas” Becerril, el “Capitán Furia” Tena o el “Tubo” Gómez? En un futuro apocalíptico, cuando se pierda toda la historia del deporte mexicano, el futbol podría sobrevivir sólo por el registro de sus alineaciones.

Otra de las prácticas favoritas de mis amigos es recuperar biografías de jugadores en el olvido. Alguien dice un nombre, como quien recuerda a una de sus ex novias y los otros van aportando datos que ayuden a reconstruir una trayectoria marcada por el constante cambio de camisetas.

“¿Qué habrá sido del ‘Capi’ Ramírez Perales?”, menciona Rodrigo, por ejemplo.

De la esquina, mientras rompe un mondadientes, Emilio interviene:

“¿Se retiró con Veracruz, no?”.

“También estuvo en Irapuato, Atlante y Pumas”, precisa Fernando.

“Pero nada como aquella Selección mexicana del 94”, digo yo, porque es el único recuerdo que tengo de alguien apellidado Ramírez Perales.

De ahí, Miguel menciona aquel emotivo gol de Marcelino Bernal contra Italia y la plática tiene suficiente cancha para avanzar una hora más.

1-1 GOL POR LA (MALA) NUTRICIÓN

Como la mayor parte del mundo, hemos conocido el balompié desde las pantallas. Haber vivido todo tipo de victorias pírricas y derrotas épicas frente a un televisor, nos ha cambiado la percepción de lo que sucede en una cancha. El futbol es algo que aconteció, que sólo es posible entender en forma de recuerdo o de resumen deportivo. En esa educación sentimental, hemos aprendido a recuperar la agitación incluso en las emisiones diferidas, o a suspender la conversación del tiempo real si acontece un gol de anoche en la pantalla del restaurante.

“Vaya tiro al ángulo”, se sorprende alguno de nosotros.

De pronto cuando la plática ya está en tiempo de compensación, no falta quien mencione:

“Esos programas sobre futbol se han vuelto cada vez más una retahíla de anuncios comerciales”.

“Es verdad. Es el colmo”, dice alguien, “¿qué se han creído esos mercadólogos?”

Para atenuar el coraje pide al mesero una Sol.



No hay permanencia voluntaria

LOS CINES en Campeche son como los maridos infieles: se oyen cosas terribles de ellos hasta que amenazan con irse. En abril de 2008, la noticia de que la construcción de un Home Depot dejaría a la ciudad sin sus únicas salas por año y medio despertó una crisis precisamente entre quienes nunca iban al cine. La tragedia no sucedió: Campeche conservó sus cines y aquellos desesperados espectadores al borde del colapso siguieron lamentándose cada fin de semana.

Eso me hizo pensar en la relación entre el público y el cine de provincia. Por años, vi a mis amigos revisar los periódicos tan sólo para decepcionarse de que tal o cual película se había retrasado una semana más; los vi regresar de las últimas funciones, como si acabaran de perderlo todo en una pelea que sabían de antemano arreglada; presencié sus quejas sobre los tonos celulares, sobre el exceso de niños durante los filmes sobre superhéroes. También presencié sus abandonos. Se habían vuelto cinéfilos que ya no iban al cine, pero ante la noticia del Home Depot, fueron los primeros en reaccionar como si acabaran de practicarles una circuncisión que los dejaría sin sexo por ocho meses.

No me extraña que toda aquella crisis haya provenido no del hecho, sino sólo de la posibilidad de que los cines no estén. Nada tan placentero como sufrir lo inminente antes de tiempo. ¿Cuántas películas de “La Roca” nos perderemos?, ¿qué haremos en esas tardes en que la mejor opción era una tonta parodia americana?, ¿moriremos de un exceso de tiempo libre?, ¿no habrá más remedio, como supuso un amigo, que volvemos todos drogadictos por falta de distracciones?

“Ya no tendremos donde ir a platicar”, me dijo entonces una amiga. Y era verdad. Con el cine hollywoodense los mexicanos nos volvimos, más que espectadores, cronistas cinematográficos. Juan Villoro ha observado que el público nacional es incapaz de ver un perro en la pantalla sin decir: “Mira, un perro”. Como los comentaristas de fútbol, nos habíamos convertido en

expertos para describir lo evidente y no habíamos tenido el mínimo pudor de compartirlo en un radio de diez butacas. Duele admitir que hubo cintas tan malas que sólo fueron soportables gracias a la señora de al lado que de repente empezó a hablar de su marido al que cada vez quería menos. En la pantalla, el beso se prolongaba un segundo más y abajo —en el amor a ras de suelo— las cosas eran hartó más complicadas. Con justicia pudimos decir que a veces fue divertido ver una cinta con tantas notas biográficas al pie.

Lo más paradójico es que la audiencia campechana sabía que no iba a sufrir la ausencia de cine sino sólo de la experiencia cinematográfica. Es decir, del ritual de consumir ficción. Y es que el cine es la última distracción con tantos protocolos. Nada tan fácil como abrir un libro o localizar un DVD en el estante; incluso bajar una película de Internet consume horas que no tenemos que padecer frente a la pantalla. El cine es una experiencia social. Hay que vestirse para la ocasión, avanzar en filas, guardar hasta donde sea posible la urbanidad y las buenas maneras; supone encontrarse con gente que no conocemos y también con amigos que hace mucho tiempo no veíamos. Como imagen del mundo, representa lo mejor y lo peor que tiene la incursión de las multitudes en el entretenimiento: uno se siente menos solo, sí, pero hay demasiados tipos empeñados en reírse al primer atisbo de un chiste.

Ha escrito Guillermo Sheridan: “Cuando uno va al cine lo hace impulsado por la nostalgia de las primeras veces que fue, y esa nostalgia suele estar más presente que la inmediatez del espectáculo”. Razón no le falta. El público común sabe menos una historia del cine que de las salas de cines. Después de oír a tus papás, queda la impresión de que asimilaron más los lugares que las películas: hablan del Renacimiento, el Colón, el Jardín, el Lumière, el de la Cruz, los Alhambra y el Estelar, con bastante precisión aunque con regularidad confundan Rey de reyes con *Quo Vadis?*. Finalmente, su mayor síntoma es opinar sobre las salas como si se tratara de amigas metidas a la actuación: “Comenzó bien, era entretenida, lástima que acabó haciendo porno”.

Los cines —los edificios que albergaban la pantalla y las butacas— han concentrado por años los horrores que el cine —el séptimo arte— redimió. A lo largo de nuestra vida, hablamos de salas que ya no existen, pero que ejemplificaron en su

precariedad (el suelo pegajoso, el nido de murciélagos, el tuberculoso del asiento de atrás) nuestras ansias auténticas de ver una película, cualquiera que ésta haya sido. *El Día de la Independencia*, *Tornado*, *Armageddon* y otros desastres simulados tuvieron el encanto de suceder en las primeras páginas de nuestras vidas. Algo tienen esas historias que son puro buen recuerdo. Como los amores adolescentes, preferimos evitarlas años después para no advertir nuestros malos gustos.

Con el tiempo llega una edad en que las únicas proyecciones a las que puede uno acceder son las de su nostalgia. La memoria cinematográfica de mi papá, por ejemplo, provino de su habilidad para entrar al cine Renacimiento sin pagar. Ahora, en una plática de sobremesa, puede citar películas, hablar de actores, recordar palmo a palmo la carrera entre Mesala y Judá Ben-Hur y todo tendrá un solo escenario: el viejo cine frente a los portales. Y lo entiendo, pasar junto a unas salas abandonadas nos despierta la misma desesperanza de nuestra habitación en ruinas. “Sucedieron tantas cosas ahí”, decimos, como para aceptar que la ficción era un poco más real cuando éramos niños.



Chicas bailarinas

SEXO

PARA LLEGAR al D'Fox o al Diamante de July uno tiene que salir de la ciudad: pagar cien pesos de un taxi o en su defecto adentrarse en caminos que recuerdan la Masacre de Texas a fin de evadir los retenes. Asentado en un área de moteles y decenas de hectáreas baldías, su ubicación parecería tan inexacta como su dirección: Carretera Campeche-Mérida, Lote 8, Kalá, Campeche, pero la espectacular imagen de 6 metros de una estrella porno que nos mira como si hubiéramos depositado dos millones en su cuenta bancaria da la pauta para saber dónde estamos.

Decidir si se escoge el D'Fox o el Diamante es como zapear en tele abierta. Se trata al fin de cuentas de mismos rostros que hacen exactamente lo mismo mientras nos venden la misma cerveza. Construido uno a unos metros del otro, ambos *tables* han alimentado una migración que va del público a las chicas. No obstante pese a los parecidos, los fines de semana, se transforman en dos universos tan diferentes como el Primer y el Tercer Mundo: el Diamante promete un aglutinamiento de viejos indeseables con suficiente dinero como para financiar una precampaña; el D'Fox en cambio acoge a las decenas de perdedores que no tienen para pagarse un privado en el edificio de enfrente.

C, J, F y yo entramos al D'Fox en otro de nuestros clásicos trabajos de campo. (de haber entrado al Diamante hubiera tenido un título perfecto para este artículo: "July in the Sky with Diamonds"). "Trabajo de campo" significa llevar sólo cien pesos en la bolsa y una tarjeta de débito para las emergencias. Escogemos una mesa cercana a la escalera donde las chicas entran y salen del escenario, sobre todo por la visión panorámica del rincón, que al mismo tiempo nos mantiene casi escondidos como una manada de sombras.

Dirijo a continuación mi vista hacia el escenario: dos tubos laterales y uno principal dan una idea del minimalismo al que ha llegado la excitación producida por profesionales. Me pregunto

por qué si la legislación actual ha hecho hasta lo imposible para salvarnos del pobre fumador que hasta nos pide permiso no ha hecho nada por el humo artificial que a cada rato nos envuelve como si estuviéramos en medio de un incendio en California. Es solo hasta que observo la primera actuación que entiendo la razón de todo: en una realidad sin photoshop, las chicas que viven de la libido han encontrado en las luces, el humo, el alcohol consumido por su público y las alturas a unos aliados nada desdeñables. Tras una hora de contemplación ni siquiera puedes decir si son bonitas o feas, si bailan bien o giran con gracia alrededor del tubo. La duda es su principal ganancia.

Uno de los síntomas de la decadencia del entretenimiento para adultos es que ahora las chicas tardan tres canciones en desnudarse. C jura que hubo un tiempo en que los pechos ya estaban al aire antes del primer solo de guitarra. “¿Qué diferencia hay entre esto y una disco?”, cuestiona J. “Probablemente que en un *table* nunca encontrarías hombres solos bailando sobre las bocinas”, respondo.

PUDOR

Un mesero, acompañado de cuatro bailarinas se acerca y nos dice: “Cortesía de la casa”. A mí me toca la más gorda de las cuatro y cuando se sienta sobre mis piernas más que en sexo pienso en el celular que cargo en el bolsillo. “Hola, me llamo Érika”, me dice y me da un beso en la mejilla. Cuando hay que excitar a cuenta-gotas, las chicas usan los mismos protocolos del ligue en la secundaria. De hecho, un *table* sirve para que un cliente mentiroso (siempre dirá que tiene una profesión más respetable: ingeniero de PEMEX, por ejemplo) dialogue con una mujer que cambia de biografía cada vez (las teiboleras han convenido decir que vienen de Guadalajara, Tabasco o Veracruz, y que empezaron trabajando en el local de enfrente hasta descubrir que éste era mejor). Esta vez Erika “me revela” que en realidad no se llama Érika sino Yanira. “O sea que el nombre de teibolera es el auténtico”, le digo. “Qué cosa”, me pregunta haciendo el gesto de quien no ha escuchado nada por el volumen de la música. Entonces pienso que no sólo el humo, las luces y el alcohol, sino también la poca ropa y el ruido sirven aquí precisamente para que nadie se conozca lo suficiente.

Tras una canción de plática, la estrategia a seguir es bailar sobre el cliente. Aunque tengo a mis amigos a un lado, verlos con mujeres en sus piernas en un asunto tan desagradable como atisbar la habitación de tus papás durante el sexo. Prefiero mirar las mesas del otro lado de la pasarela, donde los clientes se reconocen y saludan como si coincidieran en el estadio y no a los pies de una desnudista. Fijo mi atención en el escenario. Detrás del tubo principal una pantalla gigante proyecta videos de *tables* extranjeros (descubres eso en los acercamientos de cámara a unos muslos sin celulitis) y eso me hace pensar en esos locales que pese a tener a un grupo en vivo no pierden la oportunidad para proyectar en sus pantallas conciertos con “bandas de verdad”.

Dos canciones son suficientes para que Érika cumpla su tiempo de prueba con el cliente y encamine la plática hacia el asunto que verdaderamente la ha traído a mis piernas: la sed. “Invítame una cerveza, por favor”, me dice y se justifica: “Es que hoy me desperté con una cruda atroz, por favor, plis, plis”. Le pido al mesero una cerveza más, pero el hombre, provisto de una ética mercantil amparada en los cientos de burócratas a quienes les da congestión alcohólica al momento de pagar la cuenta, me aclara: “Cuando la cerveza la pide ella, vale 120 pesos”.

Por instinto empujo a Érika de la indignación antes de ponerme de pie.

“¡Oye, qué te pasa!”, reacciona.

“Es que soy casado y de repente tuve culpa”, me disculpo mientras me sacudo el pantalón como si una lluvia de confeti hubiera caído sobre mí.

Ella se va a otra mesa, mientras mis amigos me ven con rostro de vergüenza. Para su desgracia también les han pedido la cuota de una bebida.

LÁGRIMAS

Seguimos atentos a los bailes. Bajo el poste izquierdo observo a un gordo que en lugar de ver a la chica que le baila, canta con los ojos cerrados la rola en turno. ¿De qué se trata venir al *table*?, me pregunto. En ese momento, F pronuncia la frase que nos salva al tiempo que me condena:

“Vamos a hacer la vaquita para rifarnos un privado, ¿no?”

Sólo entonces verifico si aún conservo la integridad con la que llegué al inicio: el celular, los lentes, la sobriedad.

“¡Putra madre, la cartera!”

Caigo al suelo con más rapidez que si estuviera en una riña callejera. Nada, sólo zapatos que siguen el ritmo.

Digo entonces una serie de impropiedades que difícilmente podrían ser incluidos en un discurso por el Día de la Mujer.

“¿Cómo sabes que fue ella?”, me cuestiona F. “Con lo que te balanceabas (o te balanceaban) se te pudo haber caído fácilmente”.

“Sí, carajo”, precisa C, “parecías un sillón antiestrés”.

Voy a ver al mesero, para quien lo más que puedo hacer es regresar a la tarde siguiente a ver si alguien ha tenido la amabilidad de dejar mi cartera (especifica: “sin dinero”) en el área de objetos perdidos.

“¿Alguna vez eso ha dado resultado?”, le pregunto.

“Pues no, pero con esa actitud tampoco va a solucionar nada. Sólo deme su nombre para saber que es usted”.

Pido hablar con el jefe de seguridad a quien le cuento mi desgracia. Para no acusar sin pruebas al mesero o a Érika, digo que sospecho de los bebedores de la mesa de al lado.

“Tenemos cámaras, chavo, pero no las podemos ver acá. Nos monitorean desde Mérida y ahorita no creo que haya nadie despierto”.

“¿Es un kinder o qué?, ¿no se supone que ésta es su hora de trabajo?”

Sólo encoge los hombros.

El mesero regresa a verme con cara de que le han condonado su deuda del INFONAVIT.

“Tengo una idea”, me dice.

A estas alturas acepto lo que sea.

“Vaya a su mesa, ahora verá cómo aparece su cartera”.

Regreso ante la miraba burlona de mis compañeros.

Antes de anunciar a Brittany (la bailarina que una hora antes le había confesado a J que había sacado su nombre de *Alvin y las ardillas*), el tipo del sonido dice: “Se pide la colaboración para encontrar una cartera, repito, una cartero con tres mil pesos (en realidad llevaba cien, pero yo había dicho al mesero que contenía novecientos). Al dueño no le importa el dinero (en realidad

lo único que me importaba era el dinero), pero tiene documentación muy importante (quizás tres tarjetas de presentación con números telefónicos apuntados en el reverso). Así que si usted, amigo del D'Fox, ha encontrado esa cartera, puede dejarla acá en el área de sonido y no se le harán preguntas. Repito: no se le harán preguntas. Puede reconocer la cartera por la credencial a nombre de Eduardo Huchín Sosa. Repito: Eduardo Huchín Sosa”.

Pedí un vaso de ron y me lo tiré en la cara para ver si no estaba soñando.



Mi vida por una moto

HASTA ANTES de Telesur, sólo los accidentes congregaban a tantas personas alrededor de una moto. Parecería broma, pero la televisora local campechana convocó en julio de 2007 a trece concursantes a fin de conformar un *reality* que terminó siendo, como todas las series de su tipo, un “surreality”. El premio mayor era esa misma motocicleta y los concursantes se sujetaban a ella a sabiendas que el último en soltarla sería el ganador. El más persistente implantó un récord de 98 horas; más de cuatro días en los que no fue al baño ni hizo otra cosa más que esperar a que los demás optaran por regresar a la vida.

Él y la chica que ganó el segundo lugar alcanzaron estatus de héroes. Fueron visitados por el equipo de béisbol Piratas de Campeche y el diputado del tercer distrito arribó a darles ánimos. Casi en la recta final la gente los ovacionó quizás porque cumplieron como nadie el apotegma de que lo “difícil no es llegar sino permanecer”. La lenta agonía fue transmitida por cable minuto a minuto, como si capturar la cotidianidad fuese en sí mismo un desafío televisivo. Colmado el entretenimiento de gente normal que finge ser especial (los conductores locales salen con regularidad a la calle pero no te saludan), las cámaras volvieron a las personas comunes un poco para ver cómo era la vida sin guión ni maquillaje.

¿Qué se logró? Primero que nada un récord impensable de audiencia. Según datos de la televisora se recibieron 22 mil 300 mensajes de apoyo por celular y 5 mil 612 llamadas telefónicas. Imposibilitada la ciudad para un estudio de rating, el impacto pudo palpase en la plática cotidiana, que a fin de cuentas avaló lo dicho por la empresa: a la gente le interesaba saber quién sería el último en soltar aquella moto. Y lo más sorprendente: les resultaba entretenido.

¿Cómo puede explicarse el fenómeno? Tengo una teoría: la persistencia. Los mexicanos veneramos la perseverancia sobre cualquier otro valor hasta extremos anómalos. ¿Se premia a los buenos maestros? ¡No! Se reconoce a los que llevan más

años frente a un grupo. ¿Cómo valuamos a un matrimonio exitoso? Por el medio siglo compartido bajo un mismo techo. Algo similar sucede en el *reality* de la moto: sólo la resistencia es digna de admiración.

Pero hubo otra consecuencia: el segundo lugar se robó el espectáculo. Ser la única mujer que llegó al final, hizo ver a Mercy Ceh Solórzano como si se tratara de Sor Juana. Medio mundo tomó el micrófono para destacar que “era una ganadora”. Incluso, Luis Enrique Mendoza, el auténtico ganador de la moto, declaró: “Es una chava fuerte, yo tengo tres hijas. Le dije que espero que cuando mis hijas crezcan sean tan chingonas como ella”.

Vladimir de la Torre, uno de los conductores del evento, dijo en medio de la apoteosis que Mercy “era una digna representante de las mujeres campechanas”. ¿Eso qué significa?, ¿que saben sujetarse a algo y no soltarlo aún así se les vaya el tracto digestivo en ello? ¡No! ¡Significa que se plantean un objetivo y lo logran! (No se sabe si eso se circunscribe solamente a sujetar a una moto).

Pero hay más. Sobreexpuestos a la TV (incluso pueden poner en sus currículos que tienen una experiencia de 98 horas delante de una cámara profesional), los finalistas han alcanzado esa celebridad pequeña que dan las ciudades como Campeche. Reconocibles ya, invitados a programas posteriores, los tres finalistas obtuvieron cada uno una moto (esa jugada mediática que ya sospechaban, pero que no les impide gritar cuando se les anuncia). ¿Qué será de ellos? No lo sé. Pero que uno haya declarado que esas 98 horas fueron las más divertidas de su vida, me hace conjeturar algunas respuestas.

Soundtrack



Todos (los karaokes) dicen que te amo

LAS PERSONAS que sufren por amor hacen cosas muy raras: llorar a todas horas, comprar discos tristes, casarse con el primero que pase. Y cada una de estas acciones incluye un repertorio de melodías que les dé sentido. La primera escena de *El diario de Bridget Jones* es ilustrativa: se puede iniciar el año con un ahogado canto de soledad. Viéndola desde otro ángulo, la misma secuencia admite una lectura más: la banda sonora de la realidad tendería a desafinar.

Pese a todo, habría que reconocer que algo tiene la música que siempre da en el blanco móvil de nuestras decepciones. Sus palabras desentrañan la exactitud de los lugares comunes, son la poesía al alcance de la cotidianidad. Con la música popular podríamos decir al contrario de Bukowski que “es mucho más placentero recordar un amor que no funcionó” y confirmar junto a él que eso se debe finalmente “a que ningún amor funciona”.

En un mundo de relaciones condenadas al fracaso, la libertad de desahogarnos debería aparecer en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Para alcanzar el consuelo dentro de una vida agitada existen los bares, esos rincones óptimos para cambiar las penas sentimentales por padecimientos hepáticos. Sin embargo, la recesión económica, que no permite el florecimiento de la música en vivo ha dado auge al bar karaoke: un sitio donde no sólo existe la oportunidad de sentirnos mal sino de hacer sentir mal a todo mundo.

Ninguna tragedia puede ser tan grande como para no tener una canción que hable de ella. Y ninguna tristeza es suficientemente abstemia. El bar karaoke recluta a unos cuantos militantes de la nostalgia, en una vida donde bastan unos cuantos años y una disposición natural para la desgracia para que la nostalgia germine. Donde siempre existe una melodía que nos sitúe en el momento exacto en que tampoco éramos felices.

Es viernes y me encuentro rodeado de borrachos talentosos que confunden “Hoy tengo ganas de ti” con “Amigo”. El bar

karaoke recurre con frecuencia a artistas a quienes no es difícil asociar con el olor a naftalina. La chica de la mesa tres interpreta canciones de Lupita D'Alessio, con el sobrado ánimo de quien no ha sido traicionada una sola vez en la vida. Convencida acaso de que sólo el quebranto en la voz significa *feelin'*, canta "¿Hace tiempo que no siento nada al hacerlo contigo!" como si fuera el mesero quien cada madrugada la recibiera bajo su techo.

Las letras transitan del éxito reciente al clásico desenterrado. Atendiendo únicamente a la sucesión de frases en la pantalla, los compositores no pasarían la prueba de la sintaxis ya no digamos la de la poesía. Sin embargo, su manera de describir sin complicaciones el alma humana ha asegurado su permanencia en la memoria de varias generaciones.

En un rápido viaje por los archivos de la memoria, surgen nombres que no sabíamos que existían hasta que alguien los pronunció: King Clave, Lara y Monárrez, Sergio Fachelli. ¿Quién puede asegurarnos que éste es un bar donde vienen los deprimidos y no un sitio donde los antiguos fanáticos del festival OTI comparten sus patologías? Nadie.

Entre canción y canción, entre Vicente Fernández y "Santa Lucía", la realidad contradice a Sabines: los amorosos no se callan. Y no sólo eso, sino que nos hacen preguntarnos qué ha pasado con el amor que se ha vuelto tan escandaloso.

¿Es acaso este mismo amor el que ha producido por igual grafitis y poemas en servilletas de papel, canciones espléndidas y composiciones en círculo de sol, dedicatorias personales y estúpidas cadenas de Internet? ¿El mismo amor inexplicable al que todo el mundo trata de entender a la segunda botella de Oso Negro, al primer trago del insustituible Karat? ¿El mismo amor que rotula los objetos con un nombre reconocible? ¿El amor que comparte con la amistad un día de febrero, un día donde la amistad sale perdiendo en términos comerciales? ¿No es la amistad tan misteriosa como el amor, según decía el viejo Borges? ¿No tiene la amistad todas las virtudes del amor y ninguno de sus defectos? ¿No es quizás por eso que la gente prefiere enamorarse?

Toloc: por el lado oscuro del camino

SI ALGUIEN en nuestro árido territorio artístico ha definido la subversión como norma de comportamiento dentro y fuera de los escenarios es sin duda el grupo Toloc. Subversión no sólo contra los naturales blancos de la protesta (el sistema, los buenos modales y todas esas instancias que comúnmente se denominan “lo establecido”) sino incluso contra aquellos grupos que se llaman a sí mismos “contestatarios”. Ni darketos ni eskatos ni punketos, Toloc se forma en 1998, con tres integrantes que fueron capaces, como los antiguos, de borrar todo vínculo con su pasado y nacer de nuevo bajo los nombres de Kurt Kobén, Mosh Cohuó y Lazlo Canek. Metal épico en el más sublime de los términos: la historia reinventada a través de la epopeya.

“ES VERDAD QUE DE MÚSICOS, POETAS Y LOCOS TODOS TENEMOS UN POCO. POR FORTUNA, HAY ALGUNOS QUE SÓLO ESO SABEMOS HACER”.

En los tiempos en que los grupos de rock sacaban sus nombres del libro de etimologías grecolatinas, Toloc debuta con *Montecristo Superstar*, el mítico demo de 1998 que llevaba ya la marca personal del grupo: el bajo cabalgante. En las postrimerías de un siglo caracterizado por la intolerancia hacia lo diferente, el disco pasó inadvertido para la mayoría de los conocedores, que no supieron apreciar sus innovaciones estilísticas, sobre todo en materia de letras:

Ya se marchó, no volverá.
Gonzalo Guerrero
no vuelve la vista atrás.
 (“Gonzalo Guerrero”)

Su original visión de la conquista y el mestizaje, aunada a la voz aguda de sacerdote poseído por Hunab Ku del vocalista,

fue rotundamente ignorada. Sin embargo, la confianza absoluta en su talento colectivo hizo de Toloc un grupo persistente. No conformes con su revolucionaria forma de ver la música e inspirados por la atmósfera apocalíptica de ese año, lanzan hacia 1999 *El número de la bestia (que subió del mar)*, un disco que después los eruditos compararían con el *Revolver* de los Beatles. En dicho material, Toloc hacía una revisión minuciosa de su cotidianidad, de una manera tan lograda que la ciudad adquiriría, en esos diez *tracks*, una abierta condición de paraíso perdido. En diciembre, precisamente cuando todo mundo celebraba la inscripción de Campeche como “Patrimonio Cultural de la Humanidad”, Toloc cantó la que se convertiría después en un himno de los jóvenes campechanos de fin de milenio: “Another brick in the Solitude bastion” (mejor conocida como “Otro ladrillo más en el baluarte de la soledad”), que por cierto inspiraría un célebre graffiti (“Patrimonio y mortaja de la UNESCO bajan”) atribuido al propio Kobén.

Es en otra de sus canciones: “Under the Dogs’ Bridge” (“Bajo el Puente de los Perros”) que Toloc anuncia su deprimidamente relación no sólo con la religión católica sino con todas las religiones: “El primer cristiano que asesiné de hecho no lo era: practicaba el jainismo”, dice uno de sus más controvertidos fragmentos. Los aires violentos que se respiraban en sus letras desataron encarnizadas protestas por parte de algunos grupos católicos (comandados por el padre Seleno) y también por parte de una diputada local. El escándalo se convirtió en su mejor publicidad. Y fue definitivamente por la puerta de la polémica que sus álbumes empezaron a ser vistos con seriedad por el público especializado.

“LA MÚSICA SIRVE PARA VIVIR DE LA MISMA MANERA QUE EL SEXO SIRVE PARA VIVIR (AUNQUE DE REPENTE, SIRVA PARA REPRODUCIRNOS)”

Para el año 2000, Toloc eran la mayor sensación que habían tenido los círculos rockeros en el estado. Cientos de amantes del metal les seguían a todos sus conciertos y más de uno imitaba ese característico movimiento de los toloques, que se había convertido en el santo y seña de sus admiradores. Incluso, se rumoró en

algunas publicaciones, que Kurt Kobén se había operado los huesos del esternón y del cuello para poder hacer ese constante cabeceo hacia delante y hacia atrás. Para entonces, los integrantes de Toloc ya habían adquirido el tono amarillento de sus cabelleras (a base de un tratamiento de rayos ultravioleta que habían tomado en un barco camaronero) y se vestían con sus clásicos huipiles que no ocultaban sus también clásicos pantalones de mezclilla.

Es a mitad de ese año, que Toloc admite la necesidad de mejorar la calidad de sus grabaciones. La idea se vuelve tan obsesiva que Kurt Kobén concibe, mientras pinta los protectores de una residencia colonial, crear su propia casa disquera: la Thiner Digital Records. Huelga decir que ese afán de perfección tuvo adeptos y detractores. Cuando algunas de las oscuras hordas de fieles metaleros rechazan al grupo por considerarlos comerciales, Toloc ofrece un concierto en los pasajes subterráneos de Puerta de Tierra para demostrar que hacían música “underground” en el más amplio de los sentidos.

Sin embargo, pese a manifestar con frecuencia lo contrario, Kurt Kobén fue adquiriendo credenciales de figura pública: aparecía en casi todas las revistas, incluso en aquellas que comúnmente dedicaban sus planas a tráileres accidentados. El 31 de diciembre una nota circula por toda la prensa: Kurt Kobén es arrestado por conducir a exceso de velocidad y en estado inconveniente, no tener tarjeta de circulación, manejar con un permiso vencido y llevar en el asiento trasero a tres chicas menores de edad que además olían a resistol. De ese incómodo incidente surgió “Guama Police (arrest this man)”, la canción más representativa del 2001 y que fue cantada por cientos de internos del penal donde se hicieron las grabaciones.

Para su tercer material, *Bahía de la Mala Pelea*, Toloc experimenta con instrumentos autóctonos e invitan a participar en su disco a algunos músicos tradicionales que habían conocido en sus giras al interior del estado. “Villamadero Insurgente” es la conjunción maestra de una letra subversiva y la pesantez del epic metal con la nada despreciable experimentación de un solo de tunkul de 22 minutos, ejecutado por el sexagenario Jacinto Pat. En “Regina (She will back)” (¿la recuerdan?, aquella que comienza con “a la voz de *puto el que no suba al arca*”), el momento culminante en que la predicadora anuncia la última tormenta es verdaderamente

sublimado por la participación de Víctor Mejía, el virtuoso del palo de lluvia, que ejecuta, según los conocedores, una melodía sólo comparable a la que pudo haber interpretado Dios durante el diluvio universal.

“NADA TAN IRRESISTIBLE COMO LA RESISTENCIA”

Para finales del 2001, Toloc graba lo que no puede considerarse simplemente una canción sino LA canción. Me refiero a “Sympathy for the kissín”, contenida en su disco *Bix a be’el, Luzbel* y entre cuyas estrofas se encuentra una de las grandes máximas de quienes, como ellos, se rehusaron a seguir estilos convencionales de vida: “Hay quienes por querer ser rectos terminan siendo ojetes.”

La reveladora aparición de este disco, descubrió al público más joven (prácticamente puberto) que el metal aún estaba vivo —por lo menos que no olía tan mal— y que las inocentes formas de subversión que los adolescentes practicaban en ese entonces eran sólo una moda, igual a la del pop que tanto decían detestar. Para Kobén y sus seguidores, la única y auténtica manera de ir contra la moda era ser abiertamente anacrónicos; en esa zona que se extiende entre repudiar el presente y reinventar el pasado. Pronto, los punks advierten la alusión y pintan los suficientes graffitis como para llevar el incidente a una ruptura definitiva. Cuando en una entrevista para *Necrofilia Zine*, Kobén señala: “Todo eso que ellos llaman *resistencia* tiene mucho de resignación”, la guerra ya está declarada desde ambas orillas.

Alentados quizás por las duras críticas a sus formas de contracultura, algunos admiradores del punk, promueven el disco-tributo *God save the Halach uinic*, donde de manera velada acusan a Toloc de haberse convertido en un producto. *God save the Halach uinic* es nada menos que las canciones clásicas de Toloc remezcladas por personalidades de la música electrónica, como Peter Pan, Mickey Mouse, Banana Power y principalmente Matato’s. Toloc en respuesta a ese disco, que tuvo la mala suerte de escucharse hasta en las discotecas de los municipios, lanza la recopilación definitiva de su música: *AnTOLOCgy*, con la que cierran la más grande aventura épica que ha conocido jamás la música campechana.

“ES MEJOR CONSUMIRSE QUE CONSUMARSE”

El 13 de diciembre de 2003, deprimido quizás por la muerte de su novia, Kurt Kobén se suicida disparándose en la garganta con un arpón para matar cazones. Apenas en marzo de ese año, durante el equinoccio de primavera, habían grabado en las alturas de Chichén Itzá lo que iba a ser su legado musical: *La peste negra y la olla de oro al final del arcoiris*, un material en vivo, que también dejaba ver el reciente gnosticismo de Kobén. Después de ese apoteósico concierto, Toloc se dedicó a tocar sólo en sitios arqueológicos. Es precisamente durante el festival *Apocalip-Tikal*, que ellos encabezaban, cuando su novia se avienta al vacío bajo una supuesta sobredosis de copal. Suceso éste del que Kurt nunca pudo recuperarse.

El suicidio de Kobén despertó un ciego desprecio hacia el metal épico que representaba. Otra desafortunada confusión entre ídolo, ideología y arte. Las consecuencias reales de dicho acto repercutieron en los otros integrantes de Toloc mucho más que en los fans de su música: Mosh Cohuó y Lazlo Canek nunca lograron revivir las atmósferas heroicas de las letras de Kurt. Canek mejor se dedicó a la guerrilla rural y Cohuó formó un conjunto tropical llamado *The Bellavista Social Club*.

La música desde entonces adolece de superficialidad. Como ha sustentado el conocedor Joao García: “Ningún bajeo ha podido, como el de Toloc, recordarme a las Valkirias”. Y también es innegable lo que el crítico Miguel García (sin parentesco con el anterior) ha dicho al respecto: “En definitiva, Toloc fue un grupo adelantado a su tiempo”.



Nadie sale divo de aquí

CAMPECHE TUVO una semana para saber todo sobre Il Divo, el cuarteto cuya más exacta imagen es la de parecer un logro de la ONU: un suizo, un español, un estadounidense y un francés hermanados por la música. Todo comenzó con un rumor, pero después de su anuncio oficial, la ciudad vivió sólo para el concierto a efectuarse el 8 de diciembre de 2007. Los campechanos fungieron como agencias de viajes sin sueldo a la tarea de buscar hoteles para sus amigos, pero también se oyeron voces que cuestionaron si era necesario gastar tanto por cuatro metrosexuales que engrosaban la voz. No obstante toda crítica fue apaciguada con las dos únicas palabras que calman los motines en este estado: “promoción turística”. Por fin, después de muchas especulaciones, expectativas y un maquillaje a marchas forzadas del centro de la ciudad, el grupo se presentó este sábado ante un público que los periódicos estimaron entre las 10 mil y las 45 mil personas, lo cual me hace pensar que, como bien señalan los exámenes de la OCDE, en Campeche tenemos serios problemas con las matemáticas.

ESTÁN LLOVIENDO HOMBRES

La fila frente a los detectores de metal parece interminable. Como si fuésemos migrantes a punto de entrar al país de Il Divo, un grupo de hombres nerviosos nos agolpamos unos contra otros a fin de agilizar ese tránsito que desespera pues el concierto tiene ya una hora de haber comenzado. Finalmente, todos queremos meter la cara en alguna parte para no evidenciar que vinimos a ver a cuatro hombres guapos que cantan mejor que nosotros en el karaoke. Pero es imposible, Campeche es una ciudad pequeña, tanto que a cada minuto aparecen conocidos que nos dicen como Julio César: “¿Tú también, bruto?”

A la hora en que cruzo la puerta metálica se oye un grito histérico a lo lejos. “Es que uno de los divos acaba de decir ‘Campeche’”, me explica el policía mientras verifica que yo no traiga ningún objeto punzante entre mis pantalones.

Mientras me dirijo hacia el parque, veo a decenas de personas rumbo a la salida, caminando tan rápido como si huyeran de un boteo. “¿Ya terminó?”, le pregunto a un señor con una niña en brazos. “Para nada. Es que... no era lo que esperábamos. ¿Sabías que cantan ópera?”, me comenta como si me advirtiera de una oferta fraudulenta. “¿En serio?”, digo, fingiendo sorpresa, para solidarizarme un poco con su decepción. Apretando el paso, me integro al monstruo de 10 mil cabezas.

“¡Carlos, te amo; David, *I love you*; Sebastian, *je t’aime*; Urs, *ich liebe Dich*! ¡Tú, el italiano de la guitarra: *Ti amo!*”, grita una adolescente que seguramente invirtió quince minutos en Internet buscando palabras cariñosas en el traductor. Me alejo lo más que puedo de la chica, mientras ella hace ademanes, como si el baterista del Il Divo supiera lenguaje sordomudo y además usara binoculares mientras toca.

Alzo la vista. Gente en los techos de los portales también contribuye a la euforia con gritos y pancartas, mientras abajo, en el restaurante, finísimos amantes de la buena música escuchan al grupo, con sus piernas cruzadas y oscilando sus copas de vino.

REACCIONES DESENCADENADAS

No hay nada más catártico como ver a un funcionario público o a tu maestra de la preparatoria gritando como si le estuvieran extrayendo una muela sin anestesia. Con la mano en el pecho y los ojos cerrados, decenas de burócratas y docentes han seguido cada una de las interpretaciones de Il Divo, con el ánimo de quien está solo, en el baño de su casa y tiene el estéreo a todo volumen. La imagen concentra esa idea de “cautivar” que un día después utilizarían muchos periódicos para referirse al concierto.

El grupo ha interpretado ya más de quince canciones, algunas tan aburridas que han ahuyentado a muchos asistentes. En la recta final, cuando unos acordes en Re empiezan a escucharse, una señora lanza un suspiro tan conmovido que me hace volver la cabeza. “¡Dios mío: el Ave María!”, me dice como si ella fuera la niña Lucía y estuviera a punto de contemplar el milagro de Fátima. Por desgracia, el prolongado “A” con que inicia la aparente pieza de Schubert, es en realidad una “Oh” mal pronunciada, a la cual siguen las palabras “my love, my darling”.

El rostro de frustración de la señora no podía ser más evidente: se trata de “Melodía desencadenada”, la canción principal de la película *Ghost*.

La pieza provoca registros más previsible en los demás asistentes. Bajo las gradas, una pareja se reconcilia y junto a mí un tipo comenta a otro después de unos segundos: “Ala, chavo, ésa canción es la neta; la bailé con la Verónica cuando salí de la primaria”.

NO ME ABANDONES ASÍ

Se supone que han acabado ya su repertorio, pero ante los gritos enloquecidos de sus fans, Il Divo retorna para cantar “My Way”. “Es lo mejor que tienen”, dice un señor de edad mientras trata de seguir la canción que no sabe si está en inglés o en español. Minutos después, cuando el cuarteto amenaza de nuevo con dirigirse a los vestidores, todos nos hemos dado cuenta de la farsa; aún falta su éxito principal, la única canción que podía ser coreada unánimemente: “Regresa a mí”. El inicio de esos acordes en guitarra y esa voz de extranjero que está aprendiendo español no pueden sino provocar más chillidos de histeria. “¡Canten como hombres!”, grita un tipo parado en una silla, mientras su novia graba por celular el concierto (pero sólo las partes que proyectan las pantallas gigantes).

En su video de “Regresa a mí”, Urs, David, Sebastian y Carlos son provincianos que sueñan con triunfar en el *bel canto*: dejan familias, ciudades e incluso empleos tan prometedores como la metalurgia a fin de realizar sus sueños. La realidad nos hace ver que esas manos de histriones acomodados no han sido dañadas siquiera por una hoja de solicitud para empleo. Pero qué importa, las chicas lloran con la canción como si Il Divo encarnara a cualquiera que lucha por cumplir sus ilusiones.

“Sois cojonudos”, dice Carlos, al final, quien ha producido gritos detrás de mi espalda cada que arquea la ceja.

El éxtasis colectivo alcanza para una pieza más: “Somewhere”, que el cuarteto interpreta sentado al borde del escenario. El público y el artista saben que ahora pronto sobrevendrá la separación, y se despiden jugando a los besos y gestos. La catedral intimida lo suficiente como para que nadie aviente su

ropa interior y los cantantes tengan que conformarse con firmar chamarras deportivas.

Después del acorde final, el público pide una más, pero ya es inútil. Los juegos pirotécnicos funcionan como los créditos de una película: confirman que lo único que sigue es la accidentada salida de las vallas y la búsqueda inmediata de un lugar donde cenar.

POSDATA:

UNA SERIE DE EVENTOS DESAFORTUNADOS

—Cada que un auto pasa un bache, silbo una canción de Il Divo— le digo a mi amigo, el escritor Edgar Alan Pech, precisamente cuando intentamos transitar sobre la accidentada calle Benjamín Romero, mejor conocida como la “Rue Morgue”.

—No puedo creer —continúo— que algunos todavía padezcamos el gasto de ese concierto, ya sea porque no podemos tener calles decentes, no nos han pagado nuestra beca o tenemos un primo hotelero que nos sonrío desde la ventana de su casa como si estuviera pasando la mejor de las navidades.

—¿Eso es para ti haber sufrido por Il Divo? No sabes lo que estás diciendo — me dice.

—¿A qué te refieres?

Edgar estaciona el auto y me mira. Sus ojos parecen dos tizones encendidos.

—Yo sí sé de alguien que lo perdió todo por culpa de ese concierto. Se trata de una historia terrible cuya autenticidad dudaría de no ser porque conozco al protagonista. Es amigo mío.

—Cuenta, por favor.

—Trabajaba en la Universidad. Se trata, como todos mis conocidos, de un hombre respetable y probo, exigente con sus alumnos, quienes bajaban sumisamente la mirada cada que se referían a él. Respetado por sus iguales en el sindicato académico, su campaña para llegar a la dirección de la facultad estaba viento en popa, pese al juego sucio de sus enemigos políticos. Todo parecía ir sobre ruedas, hasta ese maldito viernes en que salió a cumplir una encomienda.

—¿Qué sucedió?

—Casi nada. Le fue confiada con urgencia la búsqueda de unos papeles a la casa de un importante funcionario. Era la una

o dos de la tarde, nadie recuerda con exactitud. El director le había dicho: “No me fio de nadie más” y era verdad. Mi amigo fue a toda prisa y una vez obtenidos los documentos descubrió que su auto no arrancaba. Incapaz de perder la calma ante esa minucia, decidió tomar un taxi. Caminó una cuadra para llegar a la avenida, pero extrañamente no pasaron autos rojos durante la espera. Sin perder la serenidad, optó por caminar una cuadra más, cuando el destino le dio su última bofetada: un carro con los vidrios polarizados pasó cerca de él y el reflejo del sol le hizo volver la vista hacia su lado izquierdo. Entonces descubrió a la entrada de un restaurante, lo que iba a ser su absoluta perdición.

—¿Qué cosa?

—¡Al Il Divo, en persona! A estas alturas es preciso decirte que bajo esa imagen de caballero serio y respetable, mi amigo ocultaba a un fanático del cuarteto inglés. Y cuando te digo fanático, uso la palabra con toda propiedad. Pósters, discos y dvd's formaban una colección personal que mi amigo prudentemente escondía en el clóset de su cuarto. Cuando supo que venían a Campeche hizo todo lo posible por disimular su emoción, pero ¡ahora los tenía enfrente, apenas rodeados de un grupo de seguidoras!

—¿Y qué hizo tu amigo?

—Qué no hizo, debieras decir. Perdió la medida que le caracterizaba, la compostura propia de su profesión y, más lamentablemente, la camisa que llevaba en esos momentos. Corrió como quien se acerca a una ambulancia en busca de ayuda urgente: gritando como un histérico. Los papeles volaron en el trayecto, pues ocupó sus manos en la más importante tarea de buscarse un rotulador en el bolsillo del pantalón. Cuando llegó junto al grupo de chicas que rodeaban a Il Divo, las quitó como el familiar que aparta a los curiosos alrededor de un accidente. Su agitación era notable, apenas alcanzó a limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano. Saltó tres o cuatro veces, como si fuera una porrista aprendiéndose una rutina para el Tazón de la Naranja. Y lo más denigrante es que cuando llegó junto a David, le pidió que por favor le firmara “su hombro desnudo”.

—¿Y tu amigo te contó ese horror con todo lujo de detalles? —le inquirí.

—Qué va. Padece un bloqueo, no recuerda nada de lo que sucedió. Es como si hubiera entrado en un trance de embriaguez y todavía estuviera padeciendo la resaca.

—¿Y cómo sabes tanto?

—Porque la auténtica tragedia fue que la televisión estaba transmitiendo en esos momentos el itinerario de Il Divo en la ciudad. En tiempo real, sin cortes comerciales. El camarógrafo captó toda la agitación de mi amigo y su rostro llegando al éxtasis, en *close up*. Eran unas imágenes inolvidables hay que reconocerlo y por lo menos una decena de sus alumnos, grabó la repetición nocturna del programa.

—¿Tuvo muchas repercusiones?

—¿Estás de broma? ¡Por supuesto! Cuando te encuentras en una contienda por la dirección de una facultad no te puedes dar el lujo de dar pasos en falso. No sólo no cumplió la importante misión a la que fue comisionado sino que perdió la documentación en su loca carrera por darle un abrazo a los tenores. En las horas siguientes contribuyó con otro poco al desastre. No conforme con lo que había ya sucedido hizo todo lo posible por hundirse cada vez más. Ya descubierta su pasión por la ópera pop, mi amigo durmió en la calle esa noche como un indigente junto a quienes hacían guardia, a fin de tener a Il Divo lo más cerca posible. Y sí, los vio desde la tercera fila, pero su futuro en la Universidad ya había sido decidido en una reunión urgente convocada para ese sábado en la mañana.

—No lo puedo creer.

—Desde entonces mi amigo ha recibido llamadas de todo mundo, y aunque él dice que no entiende lo que está pasando, su euforia por Il Divo ha sido uno de los videos más vistos en YouTube. Su jefe no puede mencionar su nombre sin bajar la cabeza como si se trata de alguien que acabara de morir. Ha perdido todo el respeto por parte de sus alumnos, quienes se ríen a sus espaldas y le dejan mensajes humillantes en su correo de voz. Hasta los intendentes dicen: “No me gustaría estar en su lugar”. Fue despedido de la Universidad; sus padres, avergonzados de él, lo echaron de casa. La desgracia, como podrás haberte dado cuenta, ha creado ya un nicho en su vida.

—Creo... que la próxima vez lo pensaré mejor antes de perder la compostura —dije tragando saliva.

—Cierto. Uno nunca sabe cuando una cámara lo estará grabando.

Y apenas concluidas estas palabras, Edgar arrancó de nuevo el automóvil con la promesa de no hablar de este triste asunto nunca más.



Las tres edades del rock

1. VEJEZ

CUANDO LLEGUÉ al concierto de Austin TV, la mayoría de los asistentes pensaba que yo era un papá que había acudido a buscar a su hija emo. El policía de la entrada me trató de “usted” y ni siquiera osó poner sus manos sobre mis perneras. Con la barba sin afeitar y el cuello de la camisa asomándose por el abrigo, más bien parecía un profesor universitario de esos que incitan a sus alumnos a su primer porro. Pudo haber sido el peor día de mi vida, pero por fortuna no tuve mejor compañía que dos amigos de mi edad: Miguel parecía un guardabosques y Fernando, un precandidato que con desesperación busca una frente arrugada que besar.

Ni qué decir del golpe emocional que representó ver a un auditorio que apenas estaba naciendo en el mismo año en que yo descubrí a Guns N’ Roses (y de paso, el heavy metal y de paso toda la música hecha con guitarras eléctricas). Para el fan rockero como para el futbolista, la vida es otra al avizorarse la tercera década. Al ver a tanto adolescente brincando a ritmo de Austin hice mía la confesión de Juan Villoro: “Nunca fui más viejo que cuando tuve 30”.

Cada uno de mis amigos tuvo su propia epifanía de la crisis de la edad, sobre todo en el slam, cuyos cuatro minutos nos cansaron como si acabáramos de correr los cuatrocientos de relevos. “No mames, por error le toqué los pechos a una chava”, dijo Omar. En su mirada se encendía el terror de quien puede ser en cualquier momento acusado de un abuso.

La convocatoria de Austin —un público hecho a base de Internet, principalmente y que vino contra todo pronóstico a escuchar un concierto instrumental de principio a fin— me hizo recordar las épocas en que los únicos grupos de rock que llegaban a la ciudad tenían cantantes que gruñían como manada de rottweilers (en esos tiempos ser rockero era escuchar bandas de nombres

impronunciables y logotipos ilegibles). Los años pasaron y esos metaleros de cabelleras largas como el sargazo se habían vuelto baptistas o reporteros, y todo el tiempo me los topaba porque querían convertirme a la fe, o en el peor de los casos, hacerme preguntas para un sondeo. Pese a ello, a veces se dejaban aparecer en conciertos de cualquier tipo para revivir el éxtasis de un amplificador Marshall bien microfoneado.

“Ya somos unos viejos”, me abordó Sandro Sosa, uno de esos guitarristas de antaño que ahora alcanzaba los 28 años y cuyo mayor logro había sido tocar el solo de “One”, ayudado de una secadora de estilista. “Ve a estos niños, qué saben ellos de Zeppelin, de Sabbath, de aquel Sepultura de *Chaos A. D.*” Lo miré no sin asombro: Sandro había logrado sonar a su papá —el ingeniero Sosa— cuando decía que la mejor selección había sido la del “Halcón” Peña.

Me concentré en lo que sucedía entre Austin y sus fans, enardecidos por la melodía, incapaces de seguir las piezas con la voz (esa forma a veces fácil de alimentar el furor). Me agradó no conocer ninguna de sus canciones: era experimentar el éxtasis de la primera vez.

2. MADUREZ

La mejor definición de aquel concierto de Coda, que se dio una semana después del de Austin TV, la dio David, un ex compañero de la secundaria, a quien ni siquiera le gustaba el rock: “Sólo vine porque de seguro voy a ver a toda la generación de los maristas”.

No se equivocó. Ahí estaban Menandro (que acostumbraba a tirar cubos de metal en los cubículos del baño, siempre y cuando éstos se encontraran ocupados), Quiñones (para mi sorpresa ya no estaba cumpliendo aquella condena por robo violento) o Gordo-lobo (de quien recibí hace años unas fotos donde supuestamente salía borracho, desnudo y junto a un ex maestro, pero nunca quise abrir ese mail).

De dónde les surgió el gusto a todos por Coda nunca lo sabré. Yo conocía a la agrupación porque Waldo no dejaba de cantar “Sin ti no sé continuar” mientras te tiraba las tapas de hule de su mesabanco y porque Fernando hacía el característico

cabeceo tembloroso de Chava cuando llegaba a la parte de “No sé si piensas en mí, como yo en ti, me haces tanta falta”.

Puedo apostar que la inmensa mayoría de los asistentes vio en Coda una oportunidad de recuperar el pasado de alguna forma. Era como ir con el psicoanalista a desenredar el subconsciente, a explicar los motivos por los cuales terminamos siendo lo que esa noche éramos. No se trataba de un grupo muy popular (el resto de mis amigos menores de 25 años apenas los conocían o los conocían por una canción: “Aún”) ni tampoco eran material de eruditos. Creo que por eso su presentación resultó exitosa: definían a mi generación. Es decir, le interesaba sólo a mi generación.

Por otro lado, no había mucho que desentrañar. Casi todo mi grupo de amigos acabó borracho, como solía pasar en las excursiones, pero verlos a todos tan parecidos a los que siempre quisieron ser (excepto Khalil que nunca pretendió pasar tres años de su vida fotocopiando facturas y credenciales de elector) me produjo un sentido de legitimación de la edad que no dejé de saltar toda la noche.

Después de la última canción (Coda repitió “Aún”, quizás para sentirse unánimemente acompañado), caí en cuenta que las había coreado casi todas. Eso me agradó: fue experimentar el éxtasis de quien descubre que puede recordar.

3. ADOLESCENCIA

La peor imagen del concierto de Alex Lora en la Plaza de la República, cuatro días después del de Coda, fue verlo besar a Chela Lora durante el interludio de “Triste canción”. Fue un contacto largo, insoportable, como un insomnio.

Alex Lora es un rockero viejo que, como todos aquellos jubilados que te preceden en la fila del cajero, nos pide demasiadas consideraciones. Su música se ha deteriorado con el uso e incluso sus éxitos suenan mejor en disco que en vivo, sin embargo, Lora es dueño de un puñado de himnos ineludibles que siguen impulsando a fans y no fans a llenar sus conciertos. Por eso no me puedo quejar: como en esos partidos mediocres de la Selección, no fui exclusivamente por El Tri, sino a escuchar a miles de gargantas acompañar al Tri.

Debido al amontonamiento sólo puedo llegar hasta el tolo de la consola, donde un buen número de funcionarios públicos y gente que ronda los cuarenta ha buscado un oasis. El líder de la fracción parlamentaria del PAN salta con evidente entusiasmo hasta que se da cuenta de las miradas ajenas y finge que sus saltos son para buscar a un conocido entre la multitud. Por un momento, las personas que me rodean se olvidan de su edad. Un famoso dirigente de izquierda pasa apoyado en su esposa y sus dos hijos, quienes miran con vergüenza el estado inconveniente de su padre (el venerable hombre se ha dedicado a mostrar el dedo medio a todo el mundo). Cientos de personas trajeron a sus pequeños: fue una especie de iniciación a los territorios del rock and roll, o un viaje a la década en donde nadie tenía pensado en reproducirse. Era como decirles: “este es el mundo que existía antes de que tú existieras”.

Me veo —los veo— cantando “ADO”, “Santa Martha”, “Nunca digas que no”. La insistencia de los grupos de antro para tocar al Tri ha provocado que uno se desensibilice respecto a cómo debería sonar el Tri auténtico y Alex Lora y su banda tampoco han hecho mucho para marcar esa diferencia. No obstante, tengo pocas cosas que reclamar porque algo más allá de la ejecución y la interpretación define la música. Es como esas películas muy básicas que finalmente nos conmueven y no sabemos por qué. Como si algo traspasara las virtudes evidentes del arte y nos tocara, y por eso no podemos explicar por qué nos gustan. Creo que es una de las constancias de Lora: te sabes sus canciones porque dicen algo que las demás canciones ya dejaron de decir y no alcanzaste a escuchar en el resto de la música que marcó tu vida.

Me agradó el éxtasis de saberme todas las canciones y pedir a gritos muchas más de las que podía haber interpretado.

Lora no triunfó musicalmente; lo hizo biográficamente.

Por eso tuvo todas las de ganar.

Diciembre de 2008.

Salida de emergencia



Hasta luego y gracias por el cubrebocas

MIS ÚLTIMOS días en Campeche acontecieron en restaurantes desolados, supermercados llenos y calles donde en cada esquina un policía repartía instructivos para lavarse las manos. Los amigos se preocuparon demasiado en que llegara sin fiebre a Puebla, pero no hubo muchas recomendaciones que me dijeran cómo sobrevivir una vez que ya estuviera ahí. Toda lejanía, supusieron con razón, necesita de un consejo que a alguien se le olvidó darme y cuyas implicaciones tendría que descubrir por cuenta propia (así les sucedió a todos ellos y generalmente ese consejo era “Nunca mezcles ácido muriático y cloro”).

Ninguna despedida es tan complicada como la que se hace en medio de una alerta epidemiológica. Entre el 29 de abril y el 1 de mayo de 2009, pasaron tres días en que dudé entre irme de una vez o quedarme un tiempo razonable. El día 30 descubrí que ya había esperado un plazo demasiado razonable desde que cumplí los 24.

Mis últimos recorridos por la ciudad se poblaron de rostros incompletos. En un asueto inédito de cinco días, demasiada gente se sintió tranquila con un magitel en la boca, aun así terminarían quitándose para estornudar. Es casi emblemático que la ciudad cuyo tedio me dio los pretextos más apropiados para escribir, me despidiera ahora en medio de una crisis que confundió con el sopor.

El viernes en la mañana, un conocido quiso saludarme, pero yo pensé que se trataba de un asaltante. Impresionado por el paliacate sobre su boca, casi lo evito hasta que mencionó mi nombre. ¿Qué significa que la gente sin rostro sepa cómo me llamo? Me deseó suerte en la maestría —al parecer sabía demasiadas cosas de mí— pero nunca me dijo soy fulano de tal. Platicamos en el sobreentendido de que podríamos reconocernos por el brillo de los ojos. La única pista para saber quién era fue la presencia de su esposa (que, al igual que su marido, tenía cubierta media cara), a la que se supone yo también conocía.

—Por fin se nos hizo casarnos— dijo.

Ni idea de quién era ella. Solo sé que tenía bonitas cejas.

El sábado a las 4:30 salí de Campeche rumbo al centro del país. Media hora antes, en la sala de espera del ADO, hubo más de una persona que pensó que me embarcaba en algo peor que el viaje de Magallanes. Mi madre me repitió al menos tres veces las recomendaciones de la SSA. Un amigo me apartó de la familia tan sólo para decirme:

—No olvides que todo esto es parte de la *Doctrina del shock*. ¿Sí viste el documental que te mandé por correo?

Personalmente pensaba que en momentos de histeria cada quien escoge las letras que mejor se adaptan a su idea de amenaza: ya sea el virus AHINI, ya sea EU o el FMI. Mi amigo veía tan preocupado en que nada me preocupara que dije que sí, que el documental era una maravilla, aunque no hubiera pasado del minuto uno.

Abordé el camión. No pude evitar algunas lágrimas, lo admito. Pero no era gripe como supuso la señora de al lado que se fue con su bebé asientos más adelante. Era tristeza. Pero sólo por ese detalle —el privarme del llanto de otro— agradecí el bendito pañuelo sobre mi cara.

Por catorce horas recorrí mil 169 kilómetros de un país en contingencia. En Villahermosa adiviné un par de rostros femeninos agradables bajo el tapabocas. Bajó y subió gente en proporciones más o menos iguales. Durante todo el trayecto, tuve la fortuna de que nadie se sentara en el asiento de al lado. Pasaron tres películas: *Escuela de Superhéroes*, una que no identifiqué y un documental donde científicos de seis países debatía sobre quién ganaría en un combate entre un león y un tigre. Así son los viajes, un paraíso de distracciones. El tránsito tiene que ver con no pensar demasiado en lo que hemos dejado atrás ni en lo que vendrá a partir de ahora.

Llegué a Puebla a las seis horas del domingo 3 de mayo. La primera imagen del que será mi hogar por dos años y medio, fue un maletero con cubrebocas.

—¿Quiere un diablito, joven?— fueron las palabras de bienvenida.



Usted se encuentra aquí. Crónicas de Eduardo Huchín Sosa
se terminó de imprimir en agosto de 2012
en los talleres Multi Impresos
en San Francisco de Campeche, Campeche.
La edición consta de 1000 ejemplares.